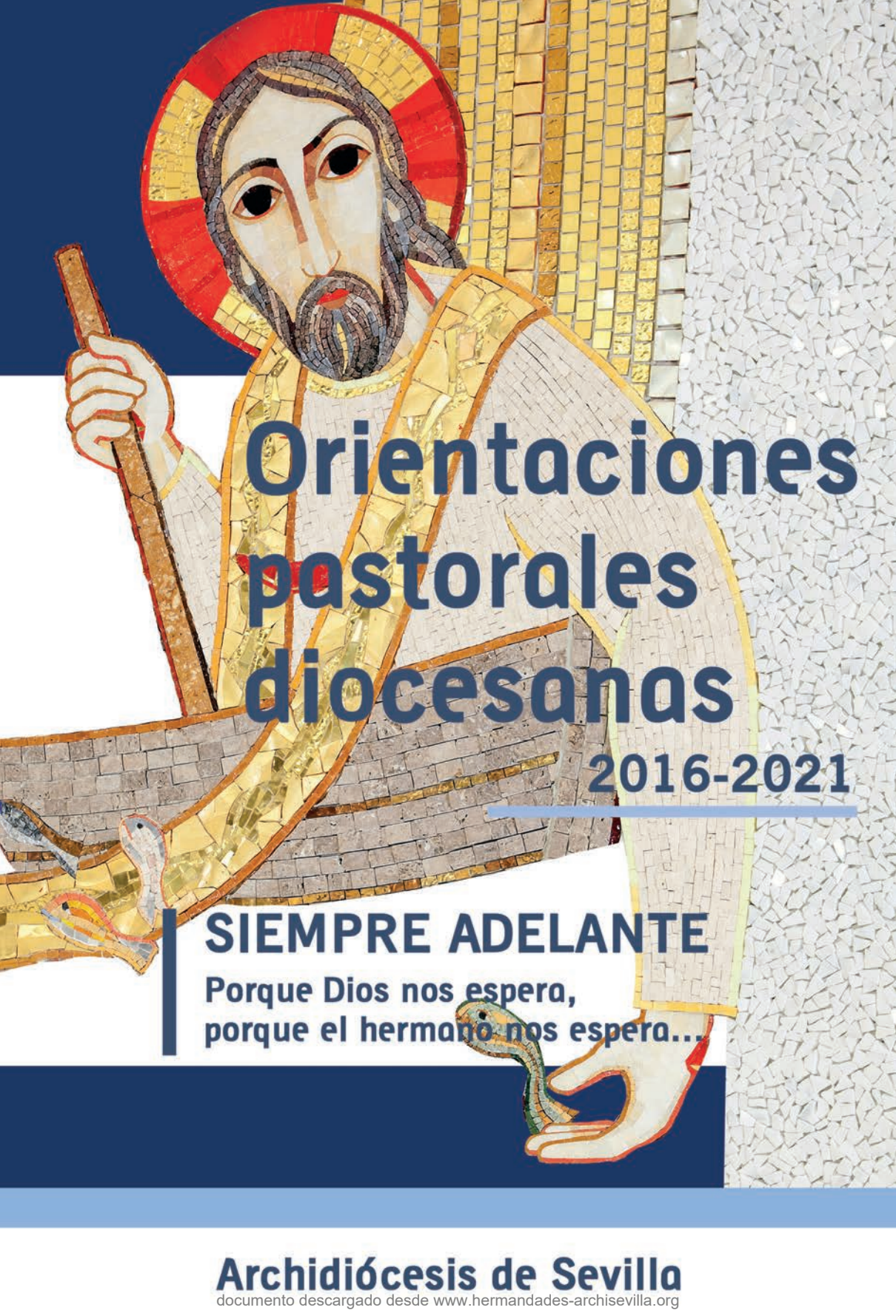


A mosaic-style illustration of Jesus with a beard and long hair, wearing a gold robe. He holds a wooden staff in his right hand and a fish in his left. The background is a mosaic of gold and white tiles.

Orientaciones pastorales diocesanas

2016-2021

SIEMPRE ADELANTE

Porque Dios nos espera,
porque el hermano nos espera...

Archidiócesis de Sevilla

documento descargado desde www.hermandades-archisevilla.org

Separata del Boletín Oficial de la Archidiócesis de Sevilla

Edita: Archidiócesis de Sevilla

Diseño y maquetación: Delegación diocesana de Medios de Comunicación. Archidiócesis de Sevilla.

Imprime: Micrapel

Depósito Legal: SE 1740-2016

Portada: Detalle de la Capilla de la Sucesión Apostólica, de Marko Ivan Rupnik (2011). Casa de la Conferencia Episcopal Española.

ÍNDICE

Documentos del Magisterio	5
Decreto de aprobación y promulgación de las Orientaciones Pastorales Diocesanas	9
Introducción	13
Primera parte: LA MIRADA DEL DISCÍPULO MISIONERO	21
1. Una cultura urbana en una gran ciudad.	22
2. El peso de la crisis económica.	25
3. Una secularización creciente.	27
4. Persiste una cultura católica.	29
5. Los impactos de la secularización al interior de la Iglesia	30
6. La situación del pueblo cristiano.	31
7. Es necesario despertar.	33
8. Reaccionar seriamente de manera cristiana, eclesial y misionera.	33
Conclusión.	35
Segunda parte: EL OBJETIVO GENERAL	39
Tercera parte: LÍNEAS DE TRABAJO PASTORAL	47
1. Fortalecer el tejido comunitario de la Iglesia.	48
2. Desarrollar la Iniciación Cristiana y primar una catequesis kerigmática y mistagógica.	58
3. Potenciar el servicio evangelizador de la piedad popular.	68
4. Cuidar la dimensión social de la evangelización y la opción por los pobres.	76
5. Avanzar en la conversión misionera de los evangelizadores y en la reforma de las estructuras eclesiales.	88
Oración final	103

DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO

■ Beato Pablo VI:

Evangelii Nuntiandi

■ San Juan Pablo II:

Christifideles Laici

Novo Millennio Ineunte

Ecclesia in Europa

■ Benedicto XVI:

Deus caritas est

Caritas in veritate

■ Francisco:

Evangelii Gaudium

Laudato Sí

Amoris Laetitia

- V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento Conclusivo*, en Aparecida, 13-31 de mayo de 2007.

- *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*

■ Conferencia Episcopal Española:

Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo. Plan Pastoral 2016-2020

Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe.

Iglesia, servidora de los pobres. Instrucción Pastoral.



Decreto de aprobación y promulgación de las Orientaciones Pastorales Diocesanas



JUAN JOSÉ ASENJO PELEGRINA

Por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Arzobispo de Sevilla

Durante el pasado año las diversas instituciones diocesanas han reflexionado sobre cómo responder a la invitación del Santo Padre “a ser audaces y creativos en la tarea de repensar los objetivos, estructuras, estilo y métodos evangelizadores de las propias comunidades” (EG, 33), promoviendo una conversión pastoral y misionera, que sirva de respuesta eclesial ante la actual situación y contexto socio-cultural de la Archidiócesis de Sevilla.

Si bien esta tarea ha reclamado de todos nosotros una entrega generosa, “sería un error entenderla como una heroica tarea personal, ya que la obra es ante todo de Él, más allá de lo que podamos descubrir y entender” (EG, 12). Así, a la luz de las reflexiones ofrecidas por el Santo Padre Francisco para la Iglesia Universal y de la Conferencia Episcopal Española, hemos creído oportuno promover la elaboración de unas líneas de trabajo conjunto que pongan de manifiesto que “es Dios quien hace crecer” (1Co 3,7) y hará fructífera nuestra tarea evangelizadora.

Por ello, oídos el Consejo Episcopal, el Consejo Presbiteral, el Consejo de Arciprestes y el Consejo Diocesano de Pastoral, en uso de nuestra potestad ordinaria, por el presente

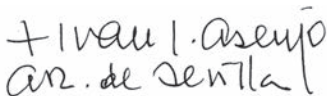
DECRETO

venimos en promulgar y promulgamos las siguientes

ORIENTACIONES PASTORALES DIOCESANAS 2016-2021

que serán de aplicación en nuestra Archidiócesis de Sevilla a partir del 13 de noviembre de 2016, clausura diocesana del Año de la Misericordia.

Dado en Sevilla, firmado de nuestra propia mano, sellado y refrendado por nuestro infrascrito Secretario General y Canciller, a uno de noviembre de dos mil dieciséis, Solemnidad de Todos los Santos.



+Juan José Asenjo Pelegrina

Arzobispo de Sevilla

Doy fe

Isacio Sigüero Muñoz

Secretario General y Canciller

Prot. N° 3924/16



Introducción

Introducción

“Siempre adelante”

“Siempre adelante” es el lema misionero de san Junípero Serra, que hemos tomado como título de estas Orientaciones Pastorales Diocesanas. El Papa Francisco en la canonización de este español, apóstol de California, que tuvo lugar en Washington el 23 de septiembre de 2015, comentó estas palabras diciendo: “recordamos a uno de esos testigos que [...] supo vivir lo que es «la Iglesia en salida» [...] supo vivir diciendo: «siempre adelante». Esta fue la forma que Junípero encontró para vivir la alegría del Evangelio.... Fue siempre adelante, porque el Señor espera; siempre adelante, porque el hermano espera; siempre adelante, por todo lo que aún le quedaba por vivir; fue siempre adelante. Que, como él ayer, hoy nosotros podamos decir: «siempre adelante».

Una precisión terminológica

Cuando nos ponemos manos a la obra en un proyecto pastoral como éste es importante actualizar la conciencia de que ni los pastores ni los laicos programamos la vida de la Iglesia. Los dones del Espíritu Santo crecen y actúan independientemente de nuestras previsiones. A veces, en ciertos enfoques de la pastoral, hay mucho racionalismo y damos por supuesta la visión sobrenatural, pero hablamos como si no contara. Por esta razón, preferimos llamar a este documento que os presentamos *Orientaciones pastorales diocesanas*, y no emplear la terminología que se ha venido usando de plan pastoral diocesano, que parece aludir a una serie de acciones únicamente nuestras. Así se habla ya en muchos ámbitos de reflexión pastoral.

La conversión es la condición inicial para la misión

Desde la primera página de estas *Orientaciones Pastorales*, para no dar pie a expectativas ilusorias, debemos traer a la memoria aquellas palabras llenas de sabiduría evangélica del beato Pablo VI: *“El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio”* (*Evangelii nuntiandi* en adelante EN- 41). Por ello, partimos del supuesto de que la condición inicial e indispensable, para poner en marcha un proceso de evangelización como el que nos vamos a referir, es la conversión de los cristianos, y en primer lugar de sus pastores, los obispos y los sacerdotes.

Memoria agradecida

Estas *Orientaciones Pastorales* parten de la memoria agradecida al trabajo evangelizador de tantos hermanos nuestros, en el pasado inmediato y ahora mismo en la Iglesia hispalense. Desde que el Papa San Juan Pablo II vino por primera vez a Sevilla prendió entre nosotros su llamada a la nueva evangelización. Su palabra fue acogida en unas *Líneas de actuación pastoral propuestas por diversos organismos diocesanos a partir del mensaje del Papa en su visita pastoral a Sevilla* (Boletín Oficial Arzobispado Sevilla, abril 1983). Después han seguido sucesivos planes pastorales hasta el anterior *“La parroquia, casa de la familia cristiana”* (2009-2013). En los últimos años ha sido la carta pastoral del Arzobispo a principios de cada curso la que ha orientado la acción pastoral, señalando cuatro líneas pastorales prioritarias: la familia, los jóvenes, la formación del laicado y la caridad.

El contexto eclesial

Ahora, cuando el Papa Francisco ha presentado las orientaciones fundamentales para el caminar de la Iglesia católica, llamándonos a una conversión pastoral y misionera; y cuando los obispos españoles las han acogido en el documento de la Conferencia

Episcopal Española *"Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo"*. *Plan Pastoral 2016-2020*, nos ha parecido que se daban las circunstancias para pensar en unas orientaciones pastorales que nos puedan guiar en los próximos años. Durante el pasado curso pastoral hemos hecho un discernimiento de la situación actual de la Archidiócesis en nuestro contexto socio-cultural, buscando hacer realidad entre nosotros la invitación apremiante del Papa a una conversión pastoral y misionera, como respuesta eclesial a la actual situación.

Un compromiso de toda la Iglesia particular

Las *Orientaciones Pastorales* exigen un compromiso eclesial en el que esté empeñada nuestra Iglesia diocesana en su conjunto. El Arzobispo y su Obispo auxiliar las hacen suyas y están dispuestos a orientar y alentar su desarrollo, dándoles eclesialidad, apertura y estabilidad. La decisión de hacer un nuevo proyecto pastoral a cinco años partió del Arzobispo, y ha sido acogida y trabajada por el Consejo Episcopal, los Consejos del Presbiterio, de Arciprestes y de Pastoral, las Delegaciones diocesanas y los sacerdotes en los encuentros de arciprestazgos. A este trabajo se han sumado la CONFER diocesana y algunos movimientos y asociaciones. En todo el proceso han colaborado de forma valiosa algunos grupos de seglares, tanto de movimientos como de parroquias.

Crear un clima de responsabilidad misionera

La cuestión decisiva en la vida de nuestra Archidiócesis en los próximos cinco años es crear un clima de responsabilidad misionera, de manera que todos nos convenzamos de que cada comunidad eclesial y cada familia cristiana es responsable del anuncio misionero del Evangelio en nuestra ciudad, pueblo o barrio, a aquellas personas que entretejen nuestra vida. Todo cristiano está llamado a escuchar las palabras con que Jesucristo nos envía, *"Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo"* (Jn 20,21), y a colaborar en este proyecto de Dios. La misión es un desafío constante y apremiante para todos. No se trata de

una tarea reducida al ministerio de los pastores, sino que implica a la Iglesia en la totalidad de sus miembros.

Ponemos en vuestras manos estas *Orientaciones Pastorales* con la confianza de que sean recibidas, interpretadas y aplicadas por todos. Su finalidad es animar la renovación misionera de la Iglesia en Sevilla, desde nuestra identidad centrada en Cristo y abierta a un diálogo evangelizador con nuestro pueblo para comunicar la Buena Noticia con alegría y confianza.

Para la misión hay que vivir la comunión eclesial

Para ser misionera nuestra Iglesia particular, nuestras parroquias y comunidades cristianas tienen que vivir intensamente la comunión eclesial en el interior de las propias comunidades, y también con la Iglesia diocesana y la Iglesia universal. La comunión eclesial debe brotar como fruto espontáneo de la fe, del amor, de la fidelidad y la responsabilidad de cada uno. El premio a este amor y a esta vivencia de la comunión será la eficacia y la fecundidad apostólicas.

Donde se impone la diversidad de opiniones en cuestiones de fe o de moral, la Iglesia se desdibuja y pierde poder de convicción. No bastan la modernización de los métodos, ni la democratización de las decisiones, ni los formalismos exteriores, ni los restauracionismos externos. Es preciso vivir intensamente una verdadera conversión a Dios y una comunión verdadera entre nosotros. Necesitamos unidad y fervor para evangelizar. No hay otra receta.

Tres redes: parroquias, vida consagrada y movimientos y asociaciones

Las *Orientaciones Pastorales Diocesanas* que ofrecemos quieren ser un medio para integrar en un proyecto común a todos los fieles que formamos parte de nuestra Iglesia particular. Quieren coser y aunar las tres redes que constituyen la Iglesia diocesana: la red que forman las parroquias, vertebrando todo

el territorio de la Archidiócesis; la red de la vida consagrada, amplia y variada, con sus comunidades claustrales, comunidades de religiosos y religiosas, institutos seculares, sociedades de vida apostólica, vírgenes consagradas y otras formas de consagración; y la red de los nuevos movimientos, asociaciones de fieles, nuevas comunidades e instituciones eclesiales, trabajando en tantos frentes de la vida de la iglesia. No se pretende programar la vida de todos, sino contemplarlos en el quehacer común de la evangelización en Sevilla y ofrecer orientación para un trabajo misionero realizado en comunión.

Una acción pastoral orgánica

La Archidiócesis quiere impulsar y dirigir una acción pastoral orgánica. El cauce institucional concreto para hacerlo son las Orientaciones Pastorales Diocesanas. Quieren servir para que la variedad de carismas, ministerios, servicios, funciones, organizaciones y estructuras presentes entre nosotros se orienten en un mismo proyecto misionero para comunicar la Vida en Cristo. San Juan Pablo II nos dijo que *"en las Iglesias locales es donde se pueden establecer esas indicaciones programáticas concretas... que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades, e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y la cultura"* (Novo Mitemnio Ineunte- en adelante NMI- 29). Por esta razón proponemos estas orientaciones para la acción, a modo de líneas estables y abiertas, que ayuden a las comunidades eclesiales a perfilar estrategias pastorales y misioneras adaptadas a sus realidades concretas.

Hacer una parte, con otros y sin pretensiones inmediatas

A todos nos urge asumir, como criterio de acción pastoral, que debemos pasar del querer hacerlo todo, solos y pronto, a otra forma de trabajar, en la cual asumimos que cada uno hace una parte, con otros y a medio plazo, sin pretender ver frutos inmediatos, con paciencia evangélica. La evangelización es un

ejercicio de humildad y de paciencia. Detrás de un plan pastoral se puede ocultar la tentación del éxito, la impaciencia y hasta el orgullo de los grandes números. No olvidemos las parábolas de la levadura o del grano de mostaza, que nos revelan los procesos propios del Reino de los cielos.

Una tarea transversal

El camino de la conversión pastoral y misionera al que apuntan las *Orientaciones Pastorales* no puede resolverse en una multiplicidad de tareas añadidas a las habituales obligaciones pastorales, porque con ello se suscitaría de inmediato la impresión de ser unas exigencias excesivas y abrumadoras. Ofrecen más bien una nueva perspectiva misionera, con la que hay que orientar y configurar toda la pastoral ordinaria de la Iglesia. Se trata de una tarea transversal que debe ser afrontada en todos los ámbitos pastorales.

El esfuerzo y la gracia en la evangelización

Terminamos esta presentación recordando con confianza y responsabilidad que la santidad y la evangelización las vamos alcanzando por la unión del esfuerzo libre del hombre con la gracia de Dios. Una expresión latina nos dice que la actividad humana se lleva a cabo *velis remisque, con las velas y los remos*. La Iglesia es la barca de Pedro conducida por el Señor. Confiando en su palabra, “*Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca*” (Lc 5,4), nos lanzamos a navegar mar adentro en el océano de nuestro mundo, con las velas y con los remos, echando las redes de la evangelización en la ciudad y sus barrios, en los pueblos y en los diversos ambientes. Sabemos que al esfuerzo de nuestros brazos, que mueven los remos, se une la fuerza del viento del Espíritu Santo, que empuja las velas.



I. La mirada del discípulo misionero

I. La mirada del discípulo misionero

Las *Orientaciones Pastorales* que presentamos parten de una comprensión de la realidad de la Archidiócesis y de nuestra sociedad iluminada por la fe y con un corazón impregnado de amor. En el trabajo pastoral Jesús, el Buen Pastor, es la luz para ver, el criterio para juzgar y la norma para actuar. Pensar la acción de la Iglesia desde esta perspectiva en modo alguno significa abandonar la comprensión de la razón, pues siempre razón y fe se iluminan mutuamente.

El Papa Francisco nos invita a ser "*contemplativos del pueblo*" (*Evangelii Gaudium* -en adelante EG- 154), para comprender su situación humana y encontrar el modo más comprensible y atrayente de anunciar el Evangelio. La mirada del discípulo misionero no puede dejar de percibir la acción de Dios en el corazón de los hombres antes de que nosotros lleguemos a ellos. Así podemos advertir aspectos positivos que pueden predisponer a nuestros conciudadanos para aceptar la propuesta de la vida cristiana: la valoración de la dignidad de la persona, el deseo de libertad, la búsqueda del amor y la felicidad, las experiencias de solidaridad, la repulsa de las injusticias, la sensibilidad por la ecología, las posibilidades de comunicación que nos convierten en habitantes de una aldea global, la búsqueda sincera de sentido y espiritualidad, el despertar de un deseo de una regeneración moral, las múltiples iniciativas sociales que buscan el bien de las personas. En definitiva, también hoy se manifiesta de muchas maneras la experiencia que expresó San Agustín: "*Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descance en Ti*" (*Confesiones*, 1,1,1).

Debido a la globalización y a otros fenómenos sociales, en

gran parte vivimos y participamos del mismo clima cultural que se respira en otros lugares de España o de la Iglesia. Sin embargo, nuestra realidad más próxima tiene algunas peculiaridades propias. Valorando sinceramente los aspectos positivos señalados y otros que podrían considerarse, tenemos que reconocer que vivimos la misma crisis con connotaciones e incidencias muy nuestras y con posibilidades para afrontarla que no se dan en otras partes. Sigamos contemplando el contexto en el cual nos toca vivir y actuar.

1 UNA CULTURA URBANA EN UNA GRAN CIUDAD

Aparecen nuevos iconos de la cultura moderna

Sevilla es la cuarta ciudad de España por número de habitantes, después de Madrid, Barcelona y Valencia. La ciudad reúne un gran número de personas en poco espacio. Los estilos arquitectónicos que contemplamos resumen nuestra historia y son metáforas de nuestra identidad. Hoy cuando nos aproximamos a Sevilla, contemplamos el símbolo de la ciudad cristiana en la Catedral y su inconfundible Giralda, pero también vemos en la Torre Sevilla el icono de una ciudad nueva que emerge con la cultura urbana moderna que nos desafía. El Papa Francisco lo dice así: *“Nuevas culturas continúan gestándose en estas enormes geografías humanas en las que el cristiano ya no suele ser promotor o generador de sentido, sino que recibe de ellas otros lenguajes, símbolos, mensajes y paradigmas que ofrecen nuevas orientaciones de vida, frecuentemente en contraste con el Evangelio de Jesús. Una cultura inédita late y se elabora en la ciudad.”* (EG 73).

La nueva cultura urbana ha cambiado los modos de vida

La ciudad ofrece al hombre muchas posibilidades para realizarse como ser personal, para su desarrollo cultural y para la convivencia social. Pero, también, en la ciudad existen muchas

formas de deshumanización. La ciudad ha cambiado los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia de las personas, la familia, la vecindad y la organización del trabajo. Esto afecta también a las condiciones de vida de los fieles y de la comunidad cristiana.

El hombre en la cultura de la ciudad

El hombre urbano actual es distinto del hombre rural: confía en la ciencia y en la tecnología, está influido por los grandes medios de comunicación social, es dinámico y proyectado hacia lo nuevo, consumista y audiovisual. Convive con una variedad de creencias espirituales, experiencias religiosas, valores éticos, ideas políticas e imaginarios culturales que, junto a la vigencia cultural del catolicismo, alimentan una diversidad religiosa creciente.

Los barrios

La ciudad de Sevilla está conformada también por algunos barrios con una fuerte identidad y otros más periféricos. Junto a la ciudad se ha creado un círculo de grandes municipios que, prácticamente, se integran en ella. En todos estos lugares se ha producido un gran cambio en aquella cultura de la vecindad propia del barrio, que propiciaba la relación y el conocimiento del vecino. Hoy esas relaciones permanecen *si uno quiere*, porque a la vez se han instaurado otras formas de convivencia marcadas por la indiferencia y el desconocimiento entre quienes se ven con frecuencia en las mismas calles. Debemos evitar caer en el mito del barrio de los viejos tiempos. La ciudad y sus barrios están cambiando mucho y esto está transformando nuestras relaciones.

La periferia de la pobreza

Un rasgo de nuestra ciudad es la periferia de la pobreza, que afecta a un gran número de habitantes, y es el resultado de procesos sociales prolongados y excluyentes, que en vez de mejorar se han agravado con el paso del tiempo. Según un

informe publicado por el Instituto Nacional de Estadística (INE), considerando la renta media por familia al año, tres de los cuatro barrios más pobres de España están en Sevilla: el primer puesto de la pobreza lo ocupa Los Pajaritos, el segundo Las Tres Mil Viviendas, el cuarto puesto es para Torreblanca. Si consideramos los quince barrios más pobres de España, entran otros cuatro más de nuestra ciudad: en el 8º puesto Las Letanías, el 10º El Polígono Norte, el 11º el Cerro del Águila y Su Eminencia, y el 13º el Polígono San Pablo. (Cf. *Diario de Sevilla*, 8-3-2016).

Con frecuencia, también en nuestros pueblos la pobreza tiene sus calles y lugares propios donde se concentra, bien conocidos por nuestras Cáritas parroquiales. Constatamos así entre nosotros la realidad de una economía de la exclusión, que el Papa Francisco denuncia, *"grandes masas de población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Hemos dado inicio a la cultura del "descarte" (...). Los excluidos no son "explotados" sino desechos, "sobrantes"*. (EG 53)

La cultura urbana llega a todos

La mentalidad urbana ha llegado a todas partes y borra, en alguna medida, las fronteras entre el pueblo y la ciudad, provocando los llamados procesos de urbanización de los espíritus. Sin exagerar y con matices, parece que todos viviéramos en la ciudad.

La cultura del pueblo estaba caracterizada por el sedentarismo y la escasa movilidad, por una gran estabilidad cultural y cierta homogeneidad religiosa, marcada por intensas relaciones de parentesco y vecindad, y con fuertes tradiciones locales. Actualmente, la población de nuestros pueblos en gran medida está urbanizada mentalmente en muchos aspectos de la vida, por los medios de comunicación social, por la movilidad ocasionada por el estudio o la búsqueda de trabajo, y por la facilidad para trasladarse de un lugar a otro por motivos diversos. Este cambio es experimentado sobre todo por las nuevas generaciones.

Una cultura urbana con múltiples manifestaciones de piedad popular

Frente a las profecías de una sociedad totalmente secularizada, en Sevilla y sus pueblos las múltiples manifestaciones de la piedad popular, privada y pública, atestiguan la presencia de la religión en la vida de muchas personas, formando parte de nuestra identidad cultural.

Aunque la ruptura de la transmisión de la fe en la cadena generacional también nos duele, la piedad popular de nuestra gente puede convertirse en terreno propicio para recibir la siembra del Evangelio y producir abundantes frutos.

2 EL PESO DE LA CRISIS ECONÓMICA

Entre nosotros la crisis económica ha hecho sentir su peso con mucha intensidad, destruyendo empresas y tejido productivo, con la triste consecuencia del paro de larga duración, y la grave dificultad de muchos jóvenes para acceder al mundo laboral con un trabajo digno y poder trazar un proyecto de vida personal y familiar.

Los límites del estado del bienestar

Son muchos los que creen que el Estado del bienestar ha tocado techo y ha de ser reformulado para que sea sostenible. Los motivos de la crisis del estado del bienestar son múltiples: su financiación no cuenta con tasas de crecimiento económico suficiente; el cambio demográfico y la mayor esperanza de vida han modificado la *ratio* entre la población ocupada y la población dependiente. El desarrollo tecnológico destruye puestos de trabajo y ocasiona desempleo. El paro juvenil y el de larga duración generan problemas gravísimos de subsistencia en las familias, afectando a la dignidad personal de quienes lo padecen. Los procesos de globalización económica y financiera, para los

que lo más importante es la ganancia y la rentabilidad, someten a las economías nacionales a dependencias globales y les quitan autonomía de acción. La distancia entre los países ricos del Norte y los países pobres del Sur, así como entre las zonas de bienestar y las zonas de miseria, aumenta por desgracia. Esto provoca una enorme presión migratoria, que supone importantes exigencias para el sistema económico y social de los países receptores.

La crisis de la deuda

Existe hoy una nueva pobreza no solo en los individuos, sino de los Estados y de las instituciones autonómicas y municipales, que ya no son capaces de financiarse ni de mantener las necesarias prestaciones sociales. La crisis del sobreendeudamiento pone en peligro el sistema económico y social en su totalidad. Sin hacer análisis económicos exhaustivos de la crisis que padecemos, baste decir que no estamos sólo ante una crisis económica coyuntural, sino que tenemos delante desafíos que ya están exigiendo importantes cambios en los modos de vida que hemos conocido.

Un Estado absorbente y la cultura del subsidio

Por desgracia, tanto el principio de subsidiariedad como el de la solidaridad, pilares para construir la sociedad según la Doctrina Social de la Iglesia, han sido en gran medida vaciados y sustituidos por un sistema burocrático que crea dependencia y, por tanto, no sirve a la libertad ni fomenta las iniciativas sociales más cercanas a los ciudadanos. Se ha generado una cultura del subsidio pasivo. El papa Benedicto vio con claridad estos procesos, que también son exigentes para la comunidad cristiana. Esta es su reflexión: *"El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido –cualquier ser humano– necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, las iniciativas que surgen de*

las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres solo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, una ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material.” (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 28b).

3 UNA SECULARIZACIÓN CRECIENTE

Entre nosotros, como en el conjunto de España, se están dando muchos procesos que tienden a romper la continuidad de la tradición espiritual cristiana y católica, para instalarnos en un contexto cultural nuevo.

El rostro de la cultura secularizada y secularizadora

Como notas características de la nueva cultura dominante secularizada y secularizadora podemos señalar las siguientes:

- Se impone, de forma casi exclusiva, un pensamiento racional, instrumental, técnico, orientado en cuestiones prácticas al éxito económico y al consumo.
- Son muchos los que se instalan en el indiferentismo religioso y lo expresan diciendo: “no creo en nada, ni falta que me hace”.
- Desconfianza hacia todo lo tradicional, unida a una obsesión por el cambio y la innovación.
- Manipulación partidista de la historia con datos falsos o tendenciosos, ordenados a erosionar el prestigio cultural y social de la Iglesia y del cristianismo.
- Crece la agresividad de grupos e instituciones laicistas contra la Iglesia, con la intención de que el laicismo sea la única ideología que tenga carta de ciudadanía en la vida pública.

- Tendencia a equiparar las diferentes religiones, desconociendo la especial importancia e influencia benéfica de la fe católica en la cultura española.
- Aceptación, a veces ingenua, de las nuevas ideologías anticristianas y antirreligiosas, que conducen a costumbres morales, antes o después reconocidas por las leyes estatales, que contrastan frontalmente con la ética católica.
- La exaltación del sexo como diversión, privado de su relación esencial con el amor y la fecundidad, exento de toda norma moral, fenómeno que aleja a muchos jóvenes de la Iglesia y de la experiencia religiosa.
- Todo ello se está haciendo recurriendo ilegítimamente a políticas intervencionistas y autoritarias, que pasan por alto los derechos primarios de los padres en la educación de las nuevas generaciones.
- Sufrimos la presión de minorías radicales que utilizan la política y los medios de comunicación para imponer sus puntos de vista y transformar la mentalidad y la vida de los españoles.

Se cumple así entre nosotros el diagnóstico que hiciera Benedicto XVI, cuando afirmó que el laicismo se estaba convirtiendo en una ideología autoritaria e intolerante.

Hemos perdido la batalla cultural

El resultado es que la cultura dominante, que impregna nuestra realidad social en su conjunto, tal como aparece en la vida pública y en los medios de comunicación, es poco religiosa, frecuentemente laicista, muchas veces descaradamente desdeñosa y agresiva con la Iglesia y con la cultura católica que tantos frutos ha producido en España.

Es muy importante tomar conciencia de que en la actualidad los veneros de la cultura contemporánea no se encuentran en

el cristianismo. Tenemos que reconocer que hemos perdido la batalla cultural. En pocos años hemos llegado a una situación en la que la cultura dominante, socialmente prestigiada e influyente, es una cultura laicista y, con frecuencia, anticristiana. Ignorar esto o pretender disimularlo es esconder la cabeza debajo del ala, algo que no nace precisamente del amor a la Iglesia o a nuestro pueblo. El amor es siempre el mejor aliado de la verdad.

Sin embargo, la fe tiene vocación de hacerse cultura

Necesariamente, la fe tiene que hacerse cultura. De la experiencia cristiana brotan convicciones, usos y formas de vida que ayudan a ordenar cotidianamente la vida personal y social de acuerdo con sus exigencias. Una comunidad que vive gozosamente su vida cristiana se aparta de las costumbres que son contrarias a su fe y crea nuevas iniciativas para expresarla y practicarla con normalidad. De este modo impregna de espíritu cristiano su propio mundo, el trabajo, las diversiones, las costumbres y los compromisos ciudadanos con aplicaciones concretas de la fe y de aquello que está viviendo. En definitiva, purifica y evangeliza la cultura.

4 PERSISTE UNA CULTURA CATÓLICA

A pesar de la fuerte secularización imperante entre nosotros, no se puede negar que todavía persiste una importante cultura católica, con todas las imperfecciones y fallos que se quieran, pero con una presencia innegable en los individuos y en las familias, y con un despliegue social variado y rico en muchos campos de la vida social.

En efecto, en nuestro pueblo queda la realidad de una fe compartida por una buena parte de la población con más o menos imperfecciones. Quedan apreciables manifestaciones externas de esa fe en el ámbito individual y familiar, a veces devaluadas, pero eficaces aún. Quedan algunas espléndidas manifestaciones

públicas de fe y devoción en fechas y circunstancias concretas. Queda una innegable impregnación cultural católica, cuyos testimonios artísticos, literarios, políticos y religiosos, obligan a pensar en nuestra historia cristiana: Queda un sentido moral que se manifiesta en la práctica de muchos, en la generosidad para ofrecer tiempo y capacidades personales en variados voluntariados y en la resistencia a aceptar ideologías que se quieren imponer. Queda una Iglesia que aún ejerce influencia en la conciencia y el comportamiento de muchos, ahora de una forma singular a través del papa Francisco, y surgen nuevos grupos que aprecian y fortalecen su fe, defienden a la Iglesia y trabajan por hacer valer la tradición cultural cristiana entre nosotros. En resumen, de la cultura católica queda mucho en los sentimientos, bastante en el pensamiento y menos en las costumbres.

5 LOS IMPACTOS DE LA SECULARIZACIÓN **AL INTERIOR DE LA IGLESIA**

El secularismo cultural ha producido sus impactos al interior de la Iglesia, dando lugar a una situación de complicidad de parte del mundo católico con la cultura dominante.

Graves debilidades internas

Los efectos de esta situación se han manifestado en serias debilidades internas. Sin pretensión de ser exhaustivos, hemos señalado algunas: la secularización espiritual dentro de la comunidad cristiana, la indolencia apostólica, el clericalismo, un laicado poco organizado y escasamente presente en la vida pública, el enfriamiento del fervor religioso de muchos cristianos, la escasez de candidatos para el ministerio sacerdotal y la vida consagrada, el abandono en masa de la práctica sacramental, que ha llevado a bastantes a la indiferencia y a la lejanía. A ello se suma el debilitamiento en el plano doctrinal y disciplinar de muchos cristianos, sacerdotes, religiosos y laicos y una comprensión de la

Iglesia como si fuera una ONG, dedicada a atender necesidades materiales y a denunciar injusticias, convirtiendo prácticamente esta tarea en el objetivo central de la misma. Es también muy negativa la cada vez más extendida conciencia, en nombre del pluralismo religioso, que atribuye el mismo valor salvífico a todas las religiones, incluido el cristianismo. A ello se añaden las posturas contemporizadoras con la nueva cultura o el *buenismo*, que permite pensar en una religión hecha a nuestra medida, con la pretensión de que la fe no debe molestar, aunque termine tornándose irrelevante y pierda todo su atractivo, su fuerza evangelizadora y su capacidad para transformar la realidad.

6 LA SITUACIÓN DEL PUEBLO CRISTIANO

Contamos con muchos sacerdotes, miembros de la vida consagrada, y fieles laicos que corresponsablemente asumen con generosidad las múltiples tareas de la evangelización y con muchos cristianos fervorosos. Sin embargo, también hay muchos bautizados alejados de la Iglesia y cada vez más conciudadanos que no han recibido el anuncio del Evangelio.

La facilidad para la vida cristiana desaparece

Cuando de diferentes maneras la cultura cristiana está desapareciendo entre nosotros, la facilidad y la normalidad para llevar una vida cristiana en nuestra sociedad también se desvanece. Una cultura secularizada bloquea los caminos de la fe para los que viven en ella. De hecho nos encontramos con que más allá de los fieles habituales de nuestras parroquias, hay ya legión de bautizados, para los que la fe en Jesucristo cada vez significa menos, y que muchos adolescentes y jóvenes crecen en una tranquila indiferencia en relación con la religión.

Esto se manifiesta en la práctica religiosa cada vez más minoritaria, con una ausencia clamorosa, salvo excepciones, de los jóvenes. Cuando los Obispos acudimos a una parroquia para

administrar el sacramento de la confirmación o en cualquier otra circunstancia, la afluencia de fieles suele ser notable. Llama la atención, sin embargo, la edad media alta de los asistentes, lo que nos lleva a preguntarnos, ¿qué será de esta comunidad dentro de diez o quince años?, pregunta que debe llevarnos a fortalecer la pastoral juvenil como algo prioritario en parroquias, colegios, hermandades.

Muchos bautizados viven en zonas intermedias

Existen también cristianos que viven en zonas intermedias, ni dentro ni fuera de la Iglesia: Ni creen del todo, ni han dejado de creer del todo. Viven confusos, inseguros, llenos de dudas y de reservas sobre la Iglesia. Sin embargo, siguen sin desligarse de su adhesión a Jesucristo, alejados de la práctica sacramental, pero conservando en su corazón la memoria de la fe. En nuestra Archidiócesis se dan también las circunstancias que describiera San Juan Pablo II, refiriéndose a Europa: *“Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero en realidad no lo conocen. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera. Se repiten los gestos de la fe, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. Un sentimiento vago y poco comprometido ha suplantado las grandes certezas de la fe.”* (San Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 46 y 47)

Superar la mentalidad del “todo o nada”

En este contexto, con un corazón lleno de misericordia, estamos urgidos a salir a estas periferias para evangelizar a los bautizados que han olvidado su bautismo, a los no bautizados que cada vez van siendo más numerosos, y a los que no creen. Es necesario superar la mentalidad del “todo o nada”, que pretende situarse en un mundo donde todo esté claro y bien distribuido, dentro de la Iglesia los creyentes y practicantes, fuera de la Iglesia todos los demás. Hoy nuestra sociedad no es así, y los bautizados tampoco.

7 ES NECESARIO DESPERTAR

No faltan voces autorizadas en la Iglesia que advierten que en España no hemos logrado todavía despertar un movimiento auténticamente evangelizador y misionero, con clara conciencia de sus exigencias personales y comunitarias, espirituales y apostólicas tal como requiere la situación actual. Probablemente muchos de los que tenemos hoy responsabilidades en la vida de la Iglesia no hemos comprendido todavía lo serio de la situación, y seguimos haciendo las cosas tal y como han venido haciéndose hasta ahora. Mantenemos el *statu quo*, que nos lleva a un callejón sin salida.

Reacción restauracionista

La amenaza del laicismo no nos debe llevar hacia posiciones restauracionistas, que pretenden recuperar las formas antiguas, en las apariencias externas más que en el fondo de las cosas. Por este camino no seremos capaces de resolver los problemas actuales de las comunidades cristianas. Recuperar el vigor religioso, espiritual y misionero de la Iglesia es bastante más que restaurar las formas externas de décadas pasadas.

8 REACCIONAR SERIAMENTE DE MANERA ECLESIAL Y MISIONERA

El amor de Cristo nos apremia

Es urgente redescubrir gozosamente una Iglesia en permanente estado de misión. Necesitamos promover entre nosotros un movimiento fervoroso y entusiasta de evangelización. *"El amor de Cristo nos apremia"* (2Cor5,14), y *"Ay de mí, si no evangelizase"* (1Cor 9,18).

Nunca debemos olvidar que la evangelización siempre se lleva a cabo bajo el signo de la cruz. Desde los orígenes, el

evangelio ha sido escándalo para los judíos y locura para los gentiles (Cf. 1 Cor 1,33). Los creyentes viviremos siempre, en cualquier ambiente cultural, con una evidente incomodidad. No debemos hacernos la ilusión de que en el futuro podrán coexistir armónicamente la Iglesia y la nueva cultura. La evangelización no puede pensarse sin conflictos y sufrimientos, los mismos que tuvieron que arrostrar los evangelizadores de los tiempos heroicos de la Iglesia y los de épocas posteriores.

Nuestra verdadera inquietud

El Papa Francisco nos señala claramente cuál debe ser el interés que ha de movilizar nuestra respuesta misionera: *“Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida.”* (EG 49)

Evangelizar en libertad

Debemos decir con claridad meridiana, por encima de toda ambigüedad, que la evangelización y la transmisión de la fe solo acontecen en libertad y solo pueden dirigirse a la libertad de los otros. Benedicto XVI lo afirmó así: *“Nuestra fe no la imponemos a nadie. Este tipo de proselitismo es contrario al cristianismo. La fe solo puede desarrollarse en la libertad. Pero a la libertad de los hombres le pedimos que se abra a Dios, que lo busque, que lo escuche”* (Homilía en Munich, 10-9-2006). Queremos evangelizar, pero siempre en un contexto de libertad, de respeto por las diferencias y por los ritmos reales de las personas.

Sólo a través de la conversión personal y la libre profesión de la fe cristiana de los bautizados, seremos capaces de imprimir una mentalidad cristiana a la vida ordinaria: en la familia, la escuela, el trabajo, el tiempo libre, la salud y la

enfermedad, las relaciones sociales, y las responsabilidades ciudadanas; todo ello con respeto, tolerancia y colaboración con nuestros conciudadanos de otros credos, o simplemente no creyentes. El camino no puede ser la polémica permanente entre los responsables de la Iglesia y los representantes de la cultura laicista. El pueblo cristiano evangelizado, viviendo normalmente su fe, será quien revise la cultura y la purifique.

CONCLUSIÓN

La Archidiócesis de Sevilla, en todas sus comunidades y estructuras, está llamada a ser una "comunidad misionera", en comunión con el Papa y con las Iglesias hermanas más próximas de Andalucía y de España. Hoy las nuevas tierras de misión son el mundo que nos ha tocado vivir, la cultura secularizada, las nuevas generaciones, la construcción de una sociedad más justa y solidaria. Debemos tomar conciencia de que somos miembros de una Iglesia que debe ser verdaderamente evangelizadora y misionera, y actuar en consecuencia.



II. El objetivo general

II. El objetivo general de las orientaciones pastorales

Que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera.

(Cf E.G. 15, 25)

El mandato misionero de Jesús

La llamada misionera que recibe hoy la Iglesia no responde a un efímero eslogan de moda. Es la actualización del envío misionero de Jesús: *"Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación."* (Mc 16,15). La Iglesia es enviada por Cristo, con su Espíritu, al mundo, para continuar la misión del Hijo Encarnado y del Espíritu Santo que se nos ha dado, enviados por el Padre para salvar al mundo. La Iglesia está inserta en esa historia trinitaria de la misión (Cf. *Ad Gentes*, 2).

El envío del Señor apunta a la universalidad en un doble sentido: todos los bautizados son enviados y llamados a la misión, y los destinatarios son todos los pueblos. La voluntad salvífica de Dios es para la humanidad, no se circunscribe a la Iglesia. El Dios de los cristianos es el Dios de todos los hombres, al que confesamos como *Creador del cielo y de la tierra*. En consecuencia, su mensaje no está destinado a una minoría selecta, sino a todos los hombres. En consecuencia, la evangelización nunca puede conducir a la formación de un grupúsculo que gire de forma autorreferencial alrededor de sí mismo, sino que siempre tiende a los otros. En

este sentido, la Iglesia nunca puede estar contra el mundo, sino que siempre debe responsabilizarse de él.

La misión en el centro del Magisterio contemporáneo

El Magisterio contemporáneo de la Iglesia no ha cesado de colocar el mandato misionero en el centro de la vida eclesial. En el Concilio Vaticano II encontramos omnipresente el tema de la "misión" en todas sus constituciones, decretos y declaraciones. Esto se debe a que ha encuadrado el mandato misionero en el plan global de salvación de Dios para la humanidad, que apunta a la reunión escatológica de todos los pueblos (Cf. AG 9). El beato Pablo VI, en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), verdadera carta magna de la evangelización contemporánea, afirma que *"Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar"* (EN 14).

San Juan Pablo II propuso la "nueva evangelización" como camino pastoral de la Iglesia hacia el futuro. En su exhortación apostólica *Novo Millennio Ineunte*, en la conclusión el Año Santo 2000, nos invitó a reiniciar el camino desde Cristo: *"No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste"* (n 29). Y nos dejó escrito que *"el compromiso de la evangelización es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio"* (n 40).

El Papa Benedicto XVI imprimió acentos específicos a la tarea de la nueva evangelización. Le dio un tono kerigmático-cristológico, subrayando que la nueva evangelización consiste en llevar al mundo el testimonio de Jesucristo para ser levadura del amor de Dios entre los hombres. En su primera encíclica *Deus caritas est* mostró que la misión brota por sí sola del amor. Es la respuesta al amor con el que Dios nos ama, una respuesta que

solo podemos dar desde el amor. La evangelización cristiana es, de principio a fin, una cuestión de amor, que penetra todas las parcelas de la vida privada y pública.

La llamada a la conversión pastoral y misionera

Siguiendo las huellas de sus predecesores, el papa Francisco nos ha llamado a la conversión pastoral y misionera. Al concluir el Año de la Fe, convocado por Benedicto XVI, el papa Francisco publicó su exhortación *Evangelii Gaudium* (*La alegría del Evangelio*), recogiendo las aportaciones del Sínodo celebrado en 2012 sobre *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. Llama la atención que evita el adjetivo “*postsinodal*” acostumbrado, porque presenta su propuesta pastoral con un explícito propósito de ser programática para toda la Iglesia.

En orden a que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, el Papa exhortaba a las Iglesias particulares a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma (cf EG 30). Las presentes *Orientaciones Pastorales* asumen como objetivo general esta propuesta misionera como expresión de nuestra comunión con el Papa y con toda la Iglesia, desde el profundo convencimiento de que una pastoral misionera es absolutamente necesaria en el contexto socio-cultural en el que vive la Iglesia en Sevilla. La propuesta misionera del papa Francisco puede resumir en esta frase: “*Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo*” (EG 27).

Una Iglesia en salida

El Papa Francisco utiliza la expresión “*una Iglesia en salida*” (EG 20-24), en éxodo, para anunciar el Evangelio. Insiste en que prefiere una Iglesia que salga y sea itinerante y callejera, aunque pueda accidentarse, a una Iglesia miedosa, pasiva y encerrada, lo que le conduce a enfermar (EG 49).

La conversión pastoral a la que somos invitados exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (cf. EG 15, 25). Una Iglesia misionera

no se limita a esperar que la gente acuda a ella, sino que sale al encuentro de las personas. Todos debemos pasar de la espera a la búsqueda de los que están lejos. No podemos quedarnos tranquilos esperando en nuestras parroquias y comunidades, sino urge acudir en todas las direcciones. Es una línea simbolizada por el Papa en la palabra “*periferias*”.

Volver a encontrar la alegría de la fe

Para que sea posible la renovación misionera de las comunidades es fundamental que volvamos a encontrar la alegría de la fe. La alegría que atrae es un elemento central del magisterio de papa Francisco. No en vano comienza así su exhortación apostólica: *“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años.”* (E.G. 1)

La Iglesia crece por atracción

El Papa emplea muchas veces las palabras “*atracción*” y “*atraer*”, haciendo notar que “*la Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción*” (EG 14). La misión es obra de la atracción de Dios en Cristo por el Espíritu Santo. La Iglesia atrae cuando vive el encuentro con Jesús donde Él se hace presente en la Sagrada Escritura, leída en la tradición de la Iglesia, en las celebraciones litúrgicas, especialmente en la Eucaristía, lugar privilegiado de encuentro con Jesucristo, y en el sacramento de la Reconciliación, en el diálogo amoroso de la oración personal y comunitaria, en medio de la comunidad cristiana, en la fe y el amor fraterno, en los acontecimientos de la vida diaria; en los pobres, afligidos y enfermos (cf. Mt 25, 37).

El encuentro con el Señor fructifica en la experiencia de la

comunidad fraterna, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó. Sólo si estamos convencidos de que la fe es luz y fuerza para vivir y morir, la experimentaremos como un regalo que pide ser transmitido. Así podremos irradiar un “atractivo” que interpele a las personas y las mueva a buscar a Cristo, y a integrarse en la comunidad eclesial, que es su Cuerpo.

La revitalización misionera a la que somos llamados no es una contraofensiva pastoral frente al alejamiento de fieles, ni un reverdecimiento del nacional-catolicismo. La evangelización no es cruzada, ni marketing, ni proselitismo. Sencillamente, surge de la atracción del amor Dios que hemos conocido en Jesucristo.



III. Líneas de trabajo pastoral

III. Líneas de trabajo pastoral

Nota:

En cada una de las líneas de trabajo pastoral ofrecemos las razones que la justifican, el objetivo específico que se pretende alcanzar, y algunas acciones pertinentes para su desarrollo. En cuanto a los agentes pastorales responsables, sólo señalamos a los más directamente involucrados en impulsar la acción pastoral, porque al tratarse de líneas de trabajo que podemos considerar transversales afectan a muchos campos eclesiales. Por esta razón, todos somos responsables de hacer avanzar nuestra realidad diocesana en la dirección apuntada.

FORTALECER EL TEJIDO COMUNITARIO DE LA IGLESIA

Razones que la justifican

La vida cristiana tiene necesidad de una intensa comunión eclesial

La comunión con Dios en el Espíritu de Cristo sana y promueve los vínculos personales, y se expresa en el amor, la amistad, la comunión y la solidaridad a nivel familiar, social y eclesial. Por tanto, la acción pastoral debe mostrar que la vida cristiana tiene la necesidad de una intensa comunión eclesial (Cf. J.M. Bergoglio, *Intervención. Conferencia Episcopal de Argentina*", Pastores 40 (2007) 33).

La evangelización se hace desde la comunidad cristiana

La nueva evangelización tiene que hacerse como se hizo la primera, desde las comunidades eclesiales. La fe cristiana produjo comunidades heterogéneas, pero fraternas, con novedades históricas como la integración social de los diferentes, "*No hay judío o griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*" (Gal. 3,28).

Hoy debemos trabajar para hacer de nuestras parroquias y realidades pastorales lugares donde se experimente la presencia de Dios que nos ama, nos une y nos salva, y así asumir las diferencias enriquecedoras. En estos ámbitos fraguarán cristianos capaces de ser testigos del Evangelio en sus familias, ambientes y relaciones.

Los fieles tienen necesidad de comunidades cristianas que los acojan

Sufriendo las inclemencias propias de una cultura secularizada, los cristianos necesitamos un microclima en el que la experiencia cristiana pueda ser vivida y comunicada con normalidad. Dispondremos de estos espacios en las parroquias y en otros ámbitos eclesiales si mantenemos y creamos comunidades reales donde los creyentes puedan compartir y celebrar la fe.

Frente a la crisis de los vínculos familiares y sociales, que incapacitan a tantos para mantener lazos estables y compromisos duraderos, la Iglesia debe forjar sólidos vínculos de comunión. Generalmente, no será posible promover la personalización de la fe, sin intensificar la dimensión comunitaria de la experiencia cristiana. La Iniciación Cristiana, sobre todo a las nuevas generaciones, debe desarrollarse en pequeñas comunidades, para que niños, adolescentes y jóvenes puedan aprender la fe como una experiencia significativa en sus vidas, e insertarse gozosamente en la Iglesia.

Las fuentes que nutren la comunidad cristiana

Estamos llamados a ofrecer a nuestros hermanos el testimonio de una existencia con Dios construida desde la fe. Para ello tenemos que vivir comunitariamente, alimentándonos de lo que son las fuentes de la vida de la Iglesia, tal como aparecen en los Hechos de los Apóstoles:

- 1.** La enseñanza de los Apóstoles, es decir, la doctrina de la fe y de la moral católica en estrecha comunión con el Magisterio.
- 2.** La oración en común y la fracción del pan, arraigados en Jesucristo por la plegaria y los sacramentos.
- 3.** El amor fraterno hecho norma de vida, la comunión de bienes y el servicio a los pobres.

Las parroquias

Las parroquias tienen un papel de primer orden en la conversión pastoral y misionera. Son las cabezas de puente de la evangelización. La parroquia es la comunidad de fieles que realiza a nivel local, visible, inmediato y cotidiano el misterio de la Iglesia particular. Ella es la Iglesia *“que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”* (Christifideles Laici 26). Es la Iglesia entre la gente. La parroquia es la casa de todos los cristianos, en la que los diferentes grupos se pueden encontrar y unirse en una comunidad más grande.

En el derecho de la Iglesia “la parroquia es una determinada comunidad de fieles cristianos constituida de modo estable en la Iglesia particular cuyo cuidado pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio” (CIC 515,1). Es importante reparar en el detalle de que el Código distingue entre estabilidad, condición de toda parroquia, y territorialidad, característica de la mayoría de ellas. Esta distinción debe ayudarnos a considerar una cierta flexibilidad para reconocer y respetar los arraigos personales y afectivos que llevan a muchos fieles a trascender los límites territoriales y volver a sus comunidades de origen para rezar, casarse o bautizar a sus hijos. La parroquia en nuestra cultura urbana debe ser abierta, flexible y misionera, permitiendo una acción pastoral transparroquial y supraparroquial.

OBJETIVO ESPECÍFICO

La formación de comunidades y grupos eclesiales de tales dimensiones que favorezcan verdaderas relaciones fraternas, y donde se pueda vivir intensamente la comunión.

ACCIONES

1. Transformar la parroquia, cada vez más, en comunidad de comunidades y movimientos

Tenemos que afrontar el reto de pasar de una parroquia entendida como centro de servicios religiosos, organizada en diferentes grupos de trabajo, a una parroquia que se estructura como comunidad de comunidades, cuyos miembros se comprometen en las diversas tareas de la comunidad parroquial: anuncio de la Palabra, sacramentos, vida común y servicio a los pobres.

San Juan Pablo II abordó el desafío de renovar las comunidades parroquiales y su misión evangelizadora, diciendo que *"Una clave de renovación parroquial, especialmente urgente en las parroquias de las grandes ciudades, puede encontrarse considerando la parroquia como comunidad de comunidades y movimientos. Parece oportuna la formación de comunidades y grupos eclesiales de tales dimensiones que favorezcan verdaderas relaciones humanas. Esto permitirá vivir más intensamente la comunión, procurando cultivarla no sólo ad intra, sino también con la comunidad parroquial a la que pertenecen estos grupos y con toda la Iglesia diocesana y universal. En este contexto humano será también más fácil escuchar la Palabra de Dios, para reflexionar a su luz sobre los diversos problemas humanos y madurar opciones responsables inspiradas en el amor universal de Cristo. La institución parroquial así renovada puede suscitar una gran esperanza. Puede formar a la gente en comunidades, ofrecer auxilio a la vida de familia, superar el estado de anonimato, acoger y ayudar a que las personas se inserten en la vida de sus vecinos y en la sociedad. De este modo, cada parroquia hoy, y particularmente las de ámbito urbano, podrá fomentar una evangelización más personal, y al mismo tiempo acrecentar las relaciones positivas con los otros agentes sociales, educativos y comunitarios"* (Ecclesia in America, 1998).

2. Formar un archipiélago de comunidades y grupos cristianos

Una parroquia en conversión pastoral y misionera debe sentirse movida continuamente a expandir su presencia en todo el territorio confiado a su cuidado pastoral. San Pablo señala que la iglesia local se reúne en casas de una forma reiterada, aunque no exclusiva. Se refiere a las comunidades que se reúnen en casa de Aquila y Priscila (Rom 16,3-5; 1Cor 16,19), en la casa de Filemón (Fm 2) o los de Laodicea, en casa de Ninfas (Col 4,15). Así la primera Iglesia fue formando un archipiélago de comunidades cristianas en las casas familiares.

Las casas de familia se pueden constituir en sedes de la catequesis y grupos de matrimonios, de jóvenes o mayores. Se trata de una comunidad de pocos miembros, que se reúne en una casa para orar, formarse y compartir la vida a la luz del Evangelio. Con prudencia pastoral se puede pensar en multiplicar las comunidades cristianas en templos y capillas, locales, casas o pisos familiares; abarcando zonas como una calle, una colonia o urbanización, un bloque de pisos o un barrio.

Para acompañar a estos grupos cristianos será necesario comprometer laicos, adultos y jóvenes, en este servicio. Al mismo tiempo, hay que conducirles a la comunión en la gran comunidad parroquial, particularmente en la eucaristía dominical.

3. Crear grupos de visitantes misioneros

Las parroquias pueden organizar grupos de “visitadores misioneros”, que visitan discretamente a los feligreses. Se presentan como enviados por la parroquia, se interesan por ellos, dejan alguna revista u otro material, les ofrecen la ayuda o los servicios de la parroquia, rezan con ellos y los animan a acercarse a la iglesia o al grupo cristiano más próximo a su domicilio. El caso es romper el aislamiento, restaurar y fortalecer el tejido de la comunidad y de la convivencia cristiana.

4. Promover grupos de matrimonios o comunidades cristianas integradas por familias

Las familias serán el tejido y el principio de estabilidad y solidez de la comunidad cristiana. Como fruto de una acción pastoral intensa y sostenida, las familias cristianas se significarán en la sociedad por su estabilidad, su fecundidad y su alegría. Las familias cristianas serán los primeros testigos del amor de Dios en los ambientes, argumento viviente de que es posible el amor verdadero, fiel entre hombre y mujer, generoso y fecundo.

La exhortación apostólica *Amoris Laetitia*- en adelante AL- indica algunos caminos pastorales para acompañar a las familias (Cf. nn 199-258, cap. sexto), advirtiendo que no basta una genérica preocupación por la familia en los proyectos pastorales, sino que son necesarias propuestas prácticas y eficaces.

Hay que fortalecer a la familia como sujeto cristiano fundamental para transmisión de la fe a las nuevas generaciones, y ayudarla a cultivar un discernimiento crítico ante los mensajes culturales que recibe. Con este fin debemos promover en nuestras parroquias la creación de comunidades y grupos integrados por matrimonios y familias, que fomenten la puesta en común de su fe y las respuestas a los problemas que se les presentan.

Señalamos algunos servicios concretos que la parroquia puede ofrecer:

- Convocar a grupos de novios que, acompañados por algún matrimonio con experiencia, de una manera cercana y testimonial ayuden a los prometidos a madurar en el amor.
- Aprovechar con creatividad pastoral los recursos de las costumbres populares, por ejemplo, el día de San Valentín, para convocarles.
- Seguir afianzando los cursillos prematrimoniales como preparación próxima a la celebración del matrimonio, sin

descuidar explicar el sentido profundo que tiene cada gesto de la celebración litúrgica del sacramento.

- Convocar grupos de matrimonios vecinos o amigos, en los que puedan ir descubriendo la importancia de la espiritualidad familiar, de la oración y de la Eucaristía dominical, también de la solidaridad con las necesidades que existen a su alrededor.
- La ayuda mutua que los matrimonios pueden encontrar en los grupos será muy importante para afrontar sus crisis. Sin embargo, será necesario también buscar otros modos de acompañamiento ante las dificultades que marcan la historia de una familia. El Papa se refiere a las crisis más comunes: de los comienzos, de la llegada del hijo, del “nido vacío”, en la vejez de los padres de los cónyuges, y otras crisis ocasionadas por dificultades económicas, laborales, afectivas, sociales o espirituales.
- Aprovechar las ocasiones en las cuales los matrimonios vuelven a la parroquia con motivo del bautismo, la primera comunión o la confirmación de sus hijos, proponiéndoles espacios de acompañamiento y de formación cristiana. Esto es lo que pretende nuestro *Directorio de la Iniciación Cristiana* cuando insiste en la implicación de los padres en el despertar religioso de los niños.
- Organizar retiros breves para matrimonios.
- Ofrecer prácticas de devoción y celebraciones eucarísticas para las familias, sobre todo en el aniversario del matrimonio.
- Otro camino de acercamiento a la familia puede ser la bendición de la casa, que da ocasión para el encuentro pastoral.
- Charlas de especialistas sobre problemáticas concretas de la vida familiar.
- Escuelas de padres.

- Seguir apoyando a los Centros de Orientación Familiar –COF– y derivar hacia ellos a los matrimonios con dificultades (adicciones, infidelidad, violencia familiar, hijos problemáticos).
- Acompañar a las personas que han sufrido rupturas matrimoniales y divorcios.

Los agentes de esta pastoral familiar en el ámbito de la parroquia serán los matrimonios con experiencia que pueden ayudar a los más jóvenes. Los movimientos familiaristas pueden ser de gran ayuda para esta tarea. Igualmente, las asociaciones cristianas y los nuevos movimientos pueden ser un gran apoyo en este campo de trabajo pastoral. También, los colegios católicos, si es posible en colaboración con la parroquia, pueden promover iniciativas que ayuden a los padres y a las familias.

Al concluir estas propuestas debemos escuchar honestamente la advertencia que nos hace el papa Francisco: *“Hoy, la pastoral familiar debe ser fundamentalmente misionera, en salida, en cercanía, en lugar de reducirse a ser una fábrica de cursos a los que pocos asisten”* (AL 230).

5. Introducir la Acción Católica General

En la Archidiócesis venimos ofreciendo reiteradamente el camino de la Acción Católica General. Su misión principal es la formación integral de los laicos de nuestras parroquias, pues el sentido de la nueva Acción Católica es formar seglares para la evangelización.

El método de formación de la Acción Católica General abarca las diferentes dimensiones de la vida cristiana: conocer, celebrar, revisar la vida y orar. Este camino puede ser muy útil para la propia formación de los laicos animadores de los grupos parroquiales, pues haciendo ellos la experiencia de un grupo de vida se capacitarán para animar y promover la red de grupos cristianos parroquiales.

Los grupos de la nueva Acción Católica General pueden ser el instrumento por el cual los feligreses de la parroquia puedan encontrar en ella las mismas ayudas y posibilidades que a otros les ofrecen sus movimientos o asociaciones respectivas.

También en la Acción Católica de ambientes, que está presente en algunas parroquias, podemos encontrar ayuda para la creación de grupos de formación y de vida, que respondan a determinadas áreas pastorales.

6. Otros centros supraparroquiales de pastoral misionera

A la vez que la parroquia busca hacerse cercana a los fieles capilarmente a través de grupos y comunidades cristianas, necesita prolongarse hacia unidades pastorales mayores que ella misma.

No pocos fieles alimentan su vida espiritual en ámbitos que sobrepasan la parroquia, como consecuencia de su afinidad con algunas devociones o iglesias que ejercen sobre ellos una influencia mayor que su parroquia territorial. En otras ocasiones dicha afinidad se polariza en torno a los nuevos movimientos eclesiales, a algunas comunidades religiosas o, como es muy frecuente entre nosotros, en la pertenencia a hermandades y cofradías. Otras veces, la vinculación con instituciones caritativas o asistenciales católicas se convierten en lugares propios para vivir la fe. Otro tanto sucede a veces con los colegios católicos o la universidad, que pueden ser centros misioneros para las familias y los barrios. Algo parecido, aunque de forma más ocasional, podemos decir de los hospitales y tanatorios, donde las personas y las familias viven experiencias propicias para abrirse al encuentro con el Señor.

La atención pastoral a toda esta realidad supraparroquial debe llevarnos también a promover comunidades y grupos cristianos en estos ámbitos, con la intención de sembrar la ciudad y los pueblos de puntos de encuentro donde los fieles puedan madurar

como discípulos del Señor.

Debemos trabajar con la certeza de que sembrando la Palabra de Dios y promoviendo pequeños grupos de vida cristiana estamos poniendo los cimientos de una Iglesia renovada y misionera. Vinculados o no a una parroquia, todos nos ubicamos en la Iglesia particular, donde las comunidades y los fieles son y deben ser evangelizados y evangelizadores, discípulos misioneros.

Todas estas realidades supraparroquiales nos presentan retos pastorales a los que quizás hemos venido respondiendo de una forma rutinaria. Debemos abrir una reflexión en este periodo pastoral para pensar cómo se hace presente la Iglesia en estos lugares privilegiados para el anuncio del Evangelio.

7. Aprovechar los nuevos Medios de Comunicación y las redes para crear vínculos de pertenencia

El anuncio cristiano encuentra un nuevo areópago en los medios de comunicación masiva. La radio, televisión, internet, *facebook*, e-mail, etc. no sólo son nuevas formas de comunicación, sino que también se ofrecen como posibilidad para crear vínculos de pertenencia que superan las distancias, y se revelan como instrumentos útiles que debemos asumir cada día más en todos los ámbitos pastorales.

AGENTES

- Vicaría para la Nueva Evangelización.
- Consejos Diocesanos de Arciprestes, del Presbiterio y de Pastoral.
- Delegaciones Diocesanas de Familia y Vida, Medios de Comunicación, Pastoral Universitaria y Pastoral de la Salud.
- Acción Católica General.
- Movimientos familiaristas.
- Nuevos Movimientos.
- Párrocos.

DESARROLLAR LA INICIACIÓN CRISTIANA Y PRIMAR UNA CATEQUESIS KERIGMÁTICA Y MISTAGÓGICA

Razones que la justifican

La ruptura del modo tradicional de la transmisión de la fe

Un efecto del gran cambio cultural que estamos viviendo con graves consecuencias en el pueblo cristiano es la ruptura del modo tradicional de la transmisión de la fe de padres a hijos. Si somos sinceros, tenemos que reconocer que muchos padres no están en condiciones de educar cristianamente a sus hijos, ni tampoco lo desean seriamente. Otros muchos han dimitido conscientemente de esta obligación fundamental. Los centros escolares no suplen esta deficiencia, más bien en bastantes casos la agravan. Con el frecuente desinterés de los padres y sin la ayuda de la escuela, la catequesis presacramental tradicional de la parroquia se muestra claramente insuficiente para una educación cristiana satisfactoria.

Las vías de transmisión de la fe y los lugares de aprendizaje a ellas asociados, la familia, la parroquia y la escuela, se debilitan progresivamente.

En la situación actual la Iglesia no puede seguir dando por supuesto sin más que las personas saben ya quién es Jesucristo, qué significa ser cristiano y cómo se configura la vida eclesial. Debe partir más bien de la convicción de que en cada generación es necesario volver a aprender de raíz los rudimentos de la fe y de la vida de la Iglesia.

Suscitar de nuevo el amor a Jesucristo

La nueva evangelización quiere responder a una situación en la cual la fe no puede darse por supuesta, sino que debe ser presentada de nuevo explícitamente en toda su amplitud. La Iglesia no puede limitarse a anunciar unos cuantos valores abstractos más o menos culturalmente compartidos, sino que debe sentirse impelida a proclamar un nombre y un rostro: Jesús de Nazaret, el Señor Crucificado y Resucitado. No es ocioso citar aquí la frase preciosa del beato Pablo VI: *"No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino y el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios"* (EN 22). Es el anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. Es la Palabra que los fieles tienen derecho a encontrar en la boca del discípulo misionero. Como nos dejara escrito hace más de sesenta años el P. De Lubac, *"la Iglesia tiene la misión de hacer presente a Jesucristo, de anunciarlo, mostrarlo y darlo a todos. Todo lo demás no es sino sobreañadidura"*.

En la Iniciación Cristiana y en la catequesis hay que hablar de Dios y de Jesucristo de forma nueva, interpelante y enardecedora, de modo que las personas se sientan conmovidas y afectadas en su corazón y en su vida. Se trata de suscitar de nuevo la fe, la esperanza y la caridad. Esto constituye un desafío pastoral y espiritual de primer orden en nuestra situación eclesial. Para ello, es imprescindible la experiencia de Dios por parte de los evangelizadores, pues como nos recordara el beato Pablo VI en frase feliz, *"Esta sociedad exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al invisible"* (EN 26). En el amor a Cristo se encuentra el fundamento de toda renovación pastoral y misionera.

Una catequesis Kerigmática y mistagógica

La Iniciación Cristiana y, en general, toda la catequesis en una pastoral misionera no puede tener otro camino que el primer

anuncio o Kerigma. El Papa Francisco lo dice de esta manera: *“En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte”* (EG 164). Y aclara que llamar *“primero”* a este anuncio no significa que se dice al principio y después se olvida, sustituido por otros contenidos; sino que primero significa *“principal”*, porque siempre hay que volver a él en todas las etapas de la existencia cristiana.

La centralidad del primer anuncio, nos advierte el Papa, exige que sea presentado de una determinada manera. Primero, hay que hablar del amor salvífico de Dios antes que de la obligación moral y religiosa, o sea, primero la mística y después la moral. Segundo, la verdad contenida en el Kerigma es el amor de Dios, y el amor verdadero no se impone contra la libertad del amado, sino que quiere atraer, conquistar, seducir; por eso el anuncio cristiano nunca pretende imponerse a nadie, sino que siempre ha de ofrecerse para que sea acogido libremente. Y, tercero, porque en la revelación de Dios en Jesucristo hemos conocido un amor con el que siempre podemos contar, el primer anuncio cristiano es una fuente perenne de verdadera alegría, que se convierte en estímulo para trabajar por una existencia en plenitud. En resumen, debemos proclamar el amor de Dios, respetando la libertad de todos, con la alegría de sabernos amados; de esta experiencia sacaremos las energías necesarias para ir construyendo un mundo mejor.

Por parte del evangelizador, para no empañar el anuncio que transmite, debe mostrarse cercano, dialogante, paciente, acogiendo y no condenando, porque es testigo del amor que proclama. (Cf. EG 165)

Propio de la Iniciación Cristiana es iniciar también a la vida litúrgica y a la oración. La catequesis debe preparar para la celebración de los sacramentos y ayudar a entender el significado de los gestos y de los símbolos propios de la liturgia, exponiendo la continuidad entre los acontecimientos de la Historia de

la Salvación y los signos sacramentales de la Iglesia. A la vez, debe impulsar la recepción continuada de los sacramentos y las actitudes internas que ayuden a vivirlos intensa y activamente.

Redescubrir el catecumenado

En la Iglesia primitiva, el catecumenado era el camino originario y específico para llegar a ser cristiano y para la iniciación eclesial. El bautismo, junto con la confirmación y la primera eucaristía, unidos por el catecumenado, forman el proceso unitario de Iniciación Cristiana. Detrás de ello latía la convicción de que uno llega a ser cristiano tras un camino de transformación, purificación y conversión que debe ser recorrido paso a paso.

Sin embargo, tenemos que reconocer que son pocas las actividades pastorales que buscan realmente la conversión, que exige la aceptación del Evangelio. En la Iniciación Cristiana con frecuencia nos olvidamos de que la vida cristiana comienza con la conversión personal. A veces damos por supuesto que esta conversión quedó hecha anteriormente. Sin embargo, una Iglesia sin cristianos convertidos sólo es una apariencia de Iglesia.

Así el redescubrimiento del catecumenado se ha convertido en algo indispensable. No podemos seguir considerando la catequesis como un periodo de preparación para recibir un determinado sacramento, sino como un camino de verdadera iniciación intelectual y existencial a la vida cristiana.

Queremos ser una Iglesia que se preocupa de engendrar nuevos cristianos. El papa Francisco mira a la Iglesia desde la experiencia materna. La Iglesia será *"una madre de corazón abierto"* en la iniciación cristiana. Con frecuencia, la ayuda que los catequistas y la comunidad cristiana está llamada a prestar a niños, adolescentes y jóvenes, que están viviendo su proceso de iniciación cristiana, es tal que la asimilaría a la figura de una *"familia de acogida"*, como *ámbito imprescindible para que* puedan desarrollar una existencia cristiana.

El proceso de la Iniciación Cristiana está directamente vinculado al Obispo

El catecumenado de la Iniciación Cristiana no es de ningún grupo, sino de la Iglesia institucional, de la comunidad cristiana en cuanto tal. Sus responsables son directamente el Obispo y sus presbíteros. Los catequistas colaboran con ellos y actúan bajo su autoridad.

En la parroquia, como su lugar más propio, y en otras instituciones eclesiales reconocidas, especialmente los colegios católicos, puede ofrecerse el catecumenado para la Iniciación Cristiana, pero siempre bajo la responsabilidad de un presbítero y según las directrices del Arzobispo.

En grupos particulares y de incorporación opcional se pueden hacer otras cosas diferentes, pero la iniciación cristiana general está directamente vinculada al obispo.

Desarrollar la Iniciación Cristiana según el Directorio Diocesano

La Archidiócesis debe desarrollar una pastoral de la Iniciación Cristiana según el Directorio aprobado. Tenemos que poner un particular empeño para que, mediante un vigoroso anuncio del Evangelio, ningún bautizado quede sin completar su iniciación cristiana, facilitando la preparación y el acceso a los sacramentos de la Confirmación, la Reconciliación y la Eucaristía. Con persuasión pastoral y con amor hemos de invitar a participar de una vida cristiana que ponga su mirada en alcanzar la plenitud de la participación eucarística, sobre todo en la celebración dominical.

La Eucaristía dominical y el sacramento de la Penitencia

La Eucaristía dominical y la recuperación del sacramento de la Penitencia son esenciales para mantener la identidad del cristiano y para un empeño misionero vigoroso. En la sociedad laicista en

la que vivimos, la Eucaristía dominical es un elemento esencial e indispensable de la identidad cristiana, para uno mismo y para los demás. La visibilidad y la fuerza interior de nuestras comunidades deben arraigarse en la participación espiritual de los fieles en la Eucaristía dominical. La Eucaristía dominical tendrá que ser el acto central de la comunidad cristiana, su señal de identidad, el alimento principal de la fe y de la vida de los cristianos.

No habrá eucaristías fervorosas, ni santidad de vida, ni empeño efectivo por la misión sin una determinación sincera de la recuperar el sacramento de la penitencia. Junto con la eucaristía, los cristianos tienen que identificarse a sí mismos y ante el mundo como aquellos que se sienten perdonados por Dios, que se perdonan entre sí y están dispuestos a perdonar a sus enemigos. El arrepentimiento, la penitencia, el perdón, vividos como forma de vida y como celebraciones sacramentales son también características esenciales de la comunidad cristiana y de la vida personal de cada uno.

La tarde del sábado y el domingo serán el tiempo de la comunidad, del encuentro, de la catequesis, de la palabra, de la oración, de la renovación espiritual. Para facilitarlos debemos revisar los horarios de la Eucaristía dominical en las parroquias.

Debemos acompañar a los fieles cristianos en este camino, convencidos, como dice el Papa, de que "Cada ser humano necesita más y más de Cristo, y la evangelización no debería consentir que alguien se conforme con poco, sino que pueda decir plenamente: *«Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí»* (Ga 2,20)". (EG 160)

OBJETIVO ESPECÍFICO

Hacer del proceso de la Iniciación Cristiana el primer cauce de una pastoral misionera con una catequesis Kerigmática y mistagógica.

ACCIONES

1. Completar la implantación del Directorio Diocesano de la Iniciación Cristiana y perseverar en él

El *Directorio Diocesano de la Iniciación Cristiana*, promulgado el 8 de septiembre de 2014, señala un camino, a modo de catecumenado, de Iniciación para adultos, y otro para niños, adolescentes y jóvenes:

- Busca asociar a la familia cristiana al itinerario de Iniciación desde el Despertar religioso del niño.
- Invita a una pastoral misionera, aprovechando la petición de los sacramentos (sobre todo del Bautismo, la Comunión y la Confirmación), que hacen con frecuencia cristianos alejados para ellos o para sus hijos. Queremos convertir estas ocasiones en un tiempo propicio para iniciar una relación evangelizadora.
- Señala los catecismos de la Conferencia Episcopal Española, Jesús es el Señor y Testigos del Señor como contenido común para este proceso catequético.
- Y busca la unidad pastoral en torno a la Iniciación Cristiana, disponiendo las edades para la Primera Comunión y la Confirmación, el proceso a seguir, los contenidos y otros criterios de discernimiento.

2. Ofrecer cursos de formación afectivo-sexual para adolescentes y jóvenes

Desde los buenos fundamentos de la antropología cristiana, las parroquias y los colegios católicos deben ofrecer a los adolescentes y jóvenes, en colaboración con sus familias, una adecuada educación cristiana en las materias referentes a la vida afectiva y sexual, al matrimonio y a la familia. La agresión del laicismo a la vida cristiana de los jóvenes se centra hoy en estos puntos.

3. Proporcionar formas abreviadas e intensas de una catequesis kerigmática que llame al encuentro con el Señor y a la conversión: Cursillos de Cristiandad, Ejercicios Espirituales, y otras prácticas parecidas

Junto al catecumenado de adultos y a una catequesis más prolongada, podemos y debemos ofrecer otras formas intensivas, menos dilatadas en el tiempo, que pueden ser útiles como alternativa o como refuerzo para que muchos alejados se encuentren con el Señor y con su Iglesia, y redescubran su vida cristiana. Dichas formas son, entre otras, los Cursillos de Cristiandad y los Ejercicios Espirituales.

4. Proponer las Misiones Populares como un instrumento de renovación pastoral misionera

Las misiones populares parroquiales son un buen instrumento para la renovación misionera de la parroquia. En su desarrollo proporcionan a los fieles que participan en ellas una experiencia de Iglesia en salida que fortalece su fe. A la vez, se plantean recuperar a quienes en su día formaban parte de la comunidad y luego se distanciaron de ella. Además quieren llegar por primera vez a quienes nunca han tenido relación visible con la Iglesia. Por otra parte, las asambleas familiares que se forman en las misiones populares parroquiales y que continúan reuniéndose

cuando éstas terminan, es un modo estimable de favorecer la implantación de una red consistente de comunidades cristianas en una feligresía.

Las misiones populares se pueden pensar también para algunos ambientes específicos. Por ejemplo, en el ámbito educativo: colegios católicos, centros de formación profesional, residencias universitarias, en la universidad e, incluso, en el mundo de las hermandades con ocasión de aniversarios importantes, coronaciones canónicas, etc.

También podrían pensarse para el mundo sanitario: hospitales o residencias geriátricas. Incluso podrían explorarse caminos para las misiones populares en los Medios de Comunicación: radios, televisiones locales, videos, Internet, redes.

5. Buscar estar presentes en radio, televisiones locales, Internet...

La Iglesia sabe, por su historia y pedagogía, que la Palabra de Dios no se trasmite sólo ni principalmente de un modo escrito, sino, también, en formas testimoniales y afectivas, plásticas, musicales y teatrales, orales y audiovisuales. Hay que saber estar en las radios, TV locales y en Internet para hacer presente con claridad y lealtad el Evangelio de Jesucristo.

Las parroquias y las comunidades cristianas pueden evangelizar a través de la red virtual –facebook-. Las páginas web y el uso de las redes en parroquias y comunidades, pueden ofrecer desde la información de los horarios hasta formas de interacción pastoral con consultas y textos.

AGENTES

- Vicaría para la Nueva Evangelización.
- Delegaciones Diocesanas de Catequesis, para el Catecumenado de Adultos, de Liturgia, de Familia y Vida y de Medios de Comunicación.
- Cursillos de Cristiandad.
- Nuevos Movimientos.
- Colegios católicos.

3 POTENCIAR EL SERVICIO EVANGELIZADOR DE LA PIEDAD POPULAR

Razones que la justifican

Protagonista de la evangelización

En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, la religiosidad popular sigue siendo una poderosa confesión de la fe en Dios. A través de ella el pueblo cristiano se evangeliza continuamente a sí mismo y actúa como canal de transmisión de la fe. Cumple, a su modo, la vocación misionera de la Iglesia. Al participar en las manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, obra como protagonista de la evangelización, no sólo como destinatario de la misma.

Para llevar adelante una pastoral en conversión misionera entre nosotros es imprescindible acoger sin restricciones mentales la piedad popular de nuestro pueblo y potenciar su atención pastoral, para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda para las personas, la Iglesia y la sociedad.

La Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, que inspira estas líneas pastorales, hablando de este tema, dice que “en la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Más bien estamos llamados a alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada. Las

expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización.” (EG 126)

Una forma destacada de espiritualidad católica

La piedad popular es una forma destacada de una auténtica espiritualidad católica. Los fieles se identifican particularmente con Cristo sufriente, lo miran, lo besan o lo tocan, y se aferran al inmenso amor que Dios les tiene. También encuentran la ternura y el amor de Dios en el rostro de la Virgen. Muchos cristianos expresan su confianza espiritual con los santos y santas en un diálogo con sus amigos del cielo, sabiendo que los bienes que buscamos vienen de Dios y los santos ayudan a pedirlos de un modo cercano, porque *“Santo no puede, si Dios no quiere”* como dice la sabiduría del pueblo sencillo.

En los santuarios y en el contexto de muchas experiencias en torno a la piedad popular, muchos fieles toman decisiones que marcan sus vidas; ocurren muchas historias de conversión y de perdón, y son muchos los dones recibidos.

De este modo, la piedad popular penetra la existencia personal de muchos fieles y, aunque también se vive en manifestaciones multitudinarias, no es una “espiritualidad de masas”. Pequeños signos religiosos, un crucifijo, un rosario, una vela que se enciende para acompañar una súplica, una breve oración vocal, una mirada entrañable a una imagen querida de la Virgen..., ayudan a muchos a levantar los ojos al cielo en sus luchas cotidianas.

También en grandes celebraciones colectivas

Las grandes manifestaciones de la piedad popular se viven en torno a Cristo, celebrando la Navidad, la Pasión, la presencia real en la Eucaristía o la devoción al Sagrado Corazón. Otras veces, son manifestaciones de amor a María, venerada como Madre Inmaculada, Asunta a los Cielos, o en tantas advocaciones

entrañables como la piedad y el amor del pueblo cristiano a la Santísima Virgen ha ido creando a lo largo de los siglos en iglesias, santuarios y ermitas. Tampoco faltan fiestas patronales referidas a los santos, a los cuales se mira como ejemplos y intercesores.

La piedad popular tiene su cenit en los tiempos fuertes del año litúrgico, Navidad, Cuaresma, Semana Santa y Pascua, y se celebra en los templos, pero, sobre todo, en la calle. Estas manifestaciones colectivas de la piedad popular son ocasiones privilegiadas para expresar la fe en un lenguaje muy rico, que incluye imágenes, gestos, cantos, música, luz e incienso. En la mayoría de los casos el soporte institucional de estas manifestaciones religiosas son las hermandades y cofradías.

Testimonio de caridad cristiana con los pobres

El servicio de la caridad y la labor social de nuestras hermandades y cofradías es importante y debe ser justamente reconocida e impulsada. Hemos de reconocer con alegría y gratitud que el compromiso caritativo y social de nuestras hermandades se ha plasmado en muchas iniciativas, como comedores sociales, economatos, instituciones al servicio de niños y ancianos, y en la atención a muchas personas y familias en situaciones de pobreza severa.

Factor de identidad colectiva y cohesión social

La religiosidad popular ofrece muchos medios de identificación frente al anonimato y la masificación de la cultura actual. Esto explica que en los nuevos barrios donde se han creado nuevas hermandades, sus titulares se han convertido en un factor confiere identidad y cohesión a los habitantes de estas barriadas. Una novedad histórica fue la presencia de las hermandades, fuera de sus ámbitos tradicionales, en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, 2011. Este catolicismo popular está presente en todos los sectores sociales y es un vínculo que aglutina a las personas, ya sean de la capital o de los pueblos, con frecuencia estratificados socialmente y políticamente divididos.

Presencia constante en los Medios de Comunicación

Son frecuentes los programas cofrades en las radios y televisiones locales. Los periódicos de la capital y de los distintos municipios dedican amplios espacios a las noticias relacionadas con la piedad popular y el mundo de las hermandades. Las redes sociales -facebook, webs de las hermandades...- son muy activas. Incluso los ayuntamientos suelen mostrarse muy colaboradores con las demandas de las hermandades. Esta omnipresencia en los medios de comunicación, sin embargo, eclipsa muchas veces el resto de la vida eclesial diocesana y parroquial.

Afectada por la ruptura de la transmisión generacional de la fe

En la piedad popular también podemos reconocer algunas debilidades que deben ser afrontadas en un acompañamiento pastoral cercano. No podemos ignorar que en las últimas décadas se ha producido una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico. No debemos engañarnos con una visión romántica de la piedad popular, que ciertamente necesita ser evangelizada, si no queremos correr el riesgo de confundir la piedad popular con la *afición a lo cofrade*.

Las devociones y manifestaciones de la piedad popular sin el fundamento de la fe se quedan en puro folklore o mero acto social, reducidas a tradición, cultura y fiesta. Siendo acontecimientos fundamentalmente religiosos, despojándolas del atuendo que les es propio se tornan compatibles con creencias y, sobre todo, con actitudes y praxis contrarias a la fe cristiana.

Absolutización de las formas exteriores y otras amenazas

En ocasiones se acentúan tanto las formas exteriores de las tradiciones que se absolutizan. En ocasiones hay fieles que tienen tal desproporcionada estima a las sagradas imágenes de sus titulares que caen en el fanatismo, en la rivalidad y en la descalificación de las imágenes de la hermandad cercana. Otras

amenazas para la piedad popular provienen de la ignorancia religiosa de muchos bautizados y de una visión secularizada de la misma, difundida por los medios de comunicación social. A veces, podemos encontrar manipulaciones ideológicas, económicas, sociales y políticas. También se da la tentación de utilizar las hermandades como plataformas personales de relevancia social, incluso con sutiles vallas para alejar a los pobres. No faltan experiencias de malas relaciones con los párrocos y directores espirituales. También en ocasiones los sacerdotes han pecado de inhibición y de falta de atención y delicadeza con la piedad del pueblo.

OBJETIVO ESPECÍFICO

Acompañar, cuidar y fortalecer la riqueza que ya existe en la piedad popular, procurando abrir nuevos procesos de evangelización (Cf. EG 69)

ACCIONES

1. Fomentar la creación de grupos cristianos de vida para la maduración creciente de la fe en ámbito de las Hermandades

Hemos de buscar que los hermanos que viven la piedad popular, mayoritariamente en las hermandades, tengan un encuentro personal con Jesucristo. Este debe ser el fin último del trabajo pastoral, desarrollando una personalización creciente de la experiencia cristiana. El Papa Francisco escribió que las hermandades deben ser *"fragua de santidad"*, cuidando la formación cristiana, la oración personal y comunitaria, la vida sacramental y el compromiso con los pobres. Deseamos que todos los miembros del pueblo fiel tengan un contacto más directo con la Palabra de Dios y una mayor participación en los sacramentos, sobre todo en la celebración dominical de la Eucaristía, para que puedan madurar en sus compromisos eclesiales y ciudadanos.

Debemos esforzarnos para que las hermandades ofrezcan un ámbito comunitario concreto dentro de la Iglesia. La casa de hermandad debe ser, prioritariamente, un lugar de encuentro y convivencia cristiana, y no sólo un espacio para el encuentro social y el ocio de los hermanos. La organización de pequeñas comunidades o grupos de vida, donde se pueda seguir un itinerario de crecimiento en la vida cristiana hacia la santidad, en línea con la primera opción de las *Orientaciones Pastorales*, no es contradictoria con las manifestaciones masivas de la religiosidad popular. Son dos formas de cultivar la pertenencia a la Iglesia de un modo afectivo y efectivo. Es necesario evangelizar y catequizar adecuadamente a muchos que viven un catolicismo popular debilitado.

Nota: respecto a la Iniciación Cristiana

Es evidente que entre los fines de las hermandades y cofradías se cuenta de forma relevante la formación cristiana de sus miembros. Sin embargo, deben dejar la Iniciación Cristiana en manos de la parroquia, y ofertar sus convocatorias catequéticas y pastorales a los hermanos a partir de los catorce años.

Como está establecido en el nuevo *Directorio diocesano de la Iniciación Cristiana*, sólo por mandato del Obispo o del párroco y en estrecha unidad con la parroquia en la que tengan establecida su sede canónica las hermandades podrán intervenir en el proceso catequético de siete a catorce años, durante el cual se recibe la Primera Comunión y la Confirmación, cuando explícitamente se les encomiende para sus propios hermanos.

2. Enriquecer la praxis cultural de la piedad popular

La nueva evangelización, también para la piedad popular, debe ser una escuela de oración. Evangelizar quiere decir enseñar a orar a las personas. Debemos enriquecer la praxis cultural de la religiosidad popular. Es conveniente ampliar y hacer más diferenciado el repertorio de celebraciones litúrgicas, como celebraciones de la Palabra y el rezo del santo rosario, de suerte

que no todas las necesidades celebrativas deban ser satisfechas de inmediato y exclusivamente con la Eucaristía. Tenemos que hacer de los santuarios e iglesias, que son centros de piedad popular, lugares privilegiados de evangelización, donde los creyentes encuentren una acogida cordial en sus necesidades espirituales.

3. Acoger a los pobres

Debemos procurar que los pobres no sólo sean los destinatarios de la caridad de las hermandades y cofradías, sino que tengan oportunidad, si lo desean, de integrarse como hermanos en la vida de las propias corporaciones. Por otra parte, en lo concerniente a la caridad, se debe avanzar en la colaboración con otras realidades eclesiales, sobre todo, con la Cáritas parroquial.

4. Aprovechar las convocatorias multitudinarias

Tenemos que aprovechar con imaginación las grandes citas de multitudes, que movilizan la ciudad o los pueblos y los hacen sentir que son un todo. Por la fuerza evangelizadora que poseen estas manifestaciones masivas ofrecen ocasiones excepcionales para transmitir el Evangelio a todas las personas que viven en la ciudad y los pueblos. En todo caso, las celebraciones de la piedad popular han de ser cuidadas y devotas. Conviene también proyectar algún mensaje amable para los asistentes ocasionales, de modo que todos puedan escuchar la buena noticia del amor de Dios.

5. Suscitar un movimiento de salida hacia los alejados

El Papa Francisco nos invita a ser una Iglesia en salida. También nuestras hermandades tienen que salir para buscar a los propios hermanos alejados. Salir geográficamente en las ciudades y en los pueblos a las nuevas urbanizaciones y barrios donde no llegan, porque la hermandad se ha quedado mayoritariamente asentada entre las familias tradicionales del lugar.

6. Animar un servicio evangelizador de los agentes de pastoral

Debemos dinamizar los movimientos apostólicos, las parroquias, las comunidades eclesiales y los agentes pastorales en general, para que sean en forma más generosa “fermento en la masa”. Habrá que revisar las actitudes de las élites de la Iglesia con respecto a la religiosidad popular. Hay algunos sacerdotes con muchas prevenciones hacia ella, porque la consideran como un subproducto religioso de menor calidad, y algo obsoleto. Las hermandades, sin embargo, contienen un rico potencial de vida cristiana. Habrá que ayudarles, desde la cercanía y el aprecio, para que descubran la dimensión evangelizadora de la piedad popular y se incorporen, ofreciendo sus dones y carismas, a nuestras parroquias y comunidades.

AGENTES

- Delegaciones diocesanas de Hermandades y Cofradías, Catequesis, Liturgia y Medios de Comunicación.
- Directores Espirituales de las Hermandades.
- Consejo General de Hermandades y Cofradías de la ciudad de Sevilla.
- Consejos Locales.
- Hermanos mayores.

CUIDAR LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA EVANGELIZACIÓN Y LA OPCIÓN POR LOS POBRES

Razones que la justifican

Pertenece a la naturaleza íntima de la Iglesia

El servicio de la caridad configura esencialmente la identidad de la comunidad cristiana. Como dijera el Papa Benedicto XVI, “la naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la palabra de Dios (*kerigma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” (*Deus caritas est*, 25).

La Iglesia no puede circunscribir el mensaje evangélico al ámbito privado de los creyentes y de las sacristías. Debe ser sal y luz del mundo, levadura en la masa (cf. Mt 5,13s; 13,33). Tiene una palabra que decir en las cuestiones de ética económica y social, no buscando defender sus propios intereses, sino proponiendo orientaciones decisivas desde la Doctrina Social de la Iglesia. Y tiene muchos brazos dispuestos a trabajar para la edificación de un mundo más digno del hombre.

El compromiso social y la opción por los pobres tienen una vinculación directa con el Kerigma cristiano, como nos dice el papa Francisco: *“La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás.”* (EG 178)

El amor en el desarrollo de la doctrina social de la Iglesia

El punto de partida y el fundamento de la Doctrina Social católica es la innegable dignidad de todos y cada uno de los hombres. Puesto que es dada por Dios a todos por igual, incluye la solidaridad entre todos los hombres. De la dignidad de cada persona se deriva el derecho a una vida humanamente digna y en solidaridad con los demás hombres.

Para hacer esto posible, la Doctrina Social ha subrayado dos principios mutuamente complementarios: la subsidiariedad y la solidaridad. La subsidiariedad toma en serio la dignidad y la responsabilidad del hombre y de la mujer. Fomenta la autonomía y las iniciativas de las personas y de las unidades sociales más próximas, con el fin de que actúen poniendo en juego su propia iniciativa y responsabilidad. Por otra parte, la solidaridad toma en serio el hecho de que el hombre es un ser social. Es una actitud que comienza en el ámbito más próximo: la familia, el vecindario y los amigos. Se despliega después en la solidaridad institucionalizada, que debe impregnar a toda la comunidad y garantizar que todos puedan participar del bienestar colectivamente generado. El Papa Francisco la explica así: *“«Solidaridad» (...) es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad. Supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos”* (EG 188)

Finalmente, el amor es la corona de estos principios fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia. Está anclado en

la constitución ontológica dada por Dios al ser humano. Hemos sido creados por amor y para el amor. Puesto que la vida tiene carácter de don, vivimos del don del libre e inmerecido afecto que nos profesan otras personas. Así el amor no es un añadido ni un apéndice a la justicia. El amor es el principio determinante no solo en las micro-relaciones como los amigos, la familia y los pequeños grupos. Debe ser también determinante en las macro-relaciones, es decir, en las relaciones sociales, económicas y políticas. (Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 2. 6. 34 y 37).

Fraternidad cristiana y amistad social

Es misión de los laicos configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad. En una perspectiva evangelizadora, es imprescindible que los laicos estén presentes y actúen en las instituciones públicas, tratando de llevar a la práctica la influencia de la fe cristiana a favor del bien común material y moral de las personas. Todos los fieles estamos llamados a trabajar, animados por nuestra experiencia fraterna, en los vínculos forjados por la amistad social, y así contribuir a que la ciudad terrena sea más solidaria.

Dios nos llama a construir *el nosotros* de la solidaridad en cada ciudad, en cada barrio y en cada pueblo. La Iglesia debe ayudar a acercar e integrar a ciudadanos que son muy distintos y están distantes entre sí, favoreciendo la cohesión social y la integración, para hacer de nuestra sociedad una casa común y evitar que se convierta en un campo de batalla. Los cristianos estamos llamados a ser buenos ciudadanos, responsables, justos y solidarios.

La comunidad cristiana puede y debe generar un estilo de vida que propicie el gusto por convivir, la buena vecindad, la participación ciudadana, el acuerdo político y la asistencia solidaria, fortaleciendo vínculos y curando heridas.

Opción preferente por los pobres

Una Iglesia misionera debe visibilizar el amor de Dios, Padre de todos los hombres. Desde esta convicción, el magisterio del Papa es contundente y su praxis también. Nos apremia a hacer la opción preferente e incluyente por los pobres y excluidos, a partir de la opción amorosa de Jesucristo, *“el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza”* (2 Cor 8,9).

El papa Francisco manifiesta con claridad su voluntad a toda la Iglesia, *“quiero una Iglesia pobre para los pobres (...) La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.”* (EG 198)

Si no estamos vigilantes, la presencia de la pobreza deja de conmovernos, y los pobres se convierten en parte del paisaje urbano donde ya no son mirados ni escuchados. Lamentablemente, la pobreza ya no llama la atención de muchos, lo cual denuncia tanto la indolencia de las administraciones públicas como nuestra indiferencia como ciudadanos, que *“naturalizan”* o hacen invisible la pobreza, como si fuera una fatalidad histórica. Existen zonas en la ciudad y los pueblos donde persisten sectores muy vulnerables, con alta tasa de desempleo, déficit de vivienda, malas condiciones de salud, abandono escolar de los niños y escasa formación de los adultos.

Dimensiones de la pobreza

La pobreza tiene diversas expresiones. En las obras de misericordia corporales y espirituales podemos descubrir diferentes dimensiones de la pobreza: La pobreza económica y física, el hambre, la sed, carecer de ropa o de casa. Hoy afecta

a muchos el paro de larga duración, la enorme dificultad para acceder al mundo laboral, sobre todo los jóvenes, las enfermedades psíquicas o discapacidades graves, la violencia doméstica, la prostitución, los niños sin hogar, las personas sin techo, y tantas otras marginaciones diversas.

Hay también una pobreza cultural por el analfabetismo, y algo no tan extremo, por la ausencia de oportunidades de formación, que conlleva exclusión de la vida social y cultural. También tiene sus víctimas la pobreza social, los ancianos que viven solos, sin familiares o amigos, las personas con dificultades de comunicación para abrirse paso en las administraciones públicas y poder acceder a sus recursos. Son todos casos de discriminación y marginación, entre los cuales hemos de contar los presos o reclusos, los exiliados o emigrantes.

No es menos dolorosa y grave la pobreza espiritual de tantas personas, que se manifiesta en la desorientación moral, el vacío espiritual, la desesperanza, la falta de sentido de la propia existencia, hasta llegar al abandono del alma y del mundo interior. El amor cristiano obliga a un enfoque integral que considere las diferentes dimensiones de la pobreza en su recíproca conexión, y no se reduzca a ayudar solo a las necesidades materiales, sino que también busque conducir a una vida humanamente realizada, abierta a Dios, nuestro sumo Bien.

La caridad cristiana es de por sí misionera

Una comunidad cristiana misionera tiene que aparecer ante el mundo como una comunidad compasiva, servicial, comprometida en la lucha contra el sufrimiento y contra cualquier forma de violencia o de injusticia contra cualquier ser humano, hombres o mujeres, autóctonos o extranjeros, cristianos o no cristianos, jóvenes o ancianos, sanos o enfermos, nacidos o sin nacer.

La piedad no está reñida con el amor por la justicia y la solidaridad con los pobres. Una y otra nacen del amor que Dios pone en los corazones de quienes creen en Él.

OBJETIVO ESPECÍFICO

Explicitar la dimensión social de la evangelización y el compromiso por el desarrollo integral de los más pobres.

ACCIONES

1. Ofrecer a quienes sufren los diversos tipos de pobreza comunidades fraternas y solidarias donde integrarse

La vida de las personas y una sociedad en verdad humanitaria no son posibles sin amistad, comunidad, solidaridad y misericordia. Existen formas de pobreza que no se expresan en términos de ingresos mínimos. Existe la pobreza anímica, relacional, cultural y espiritual, a las que nos hemos referido. El mejor sistema social solo puede darles una respuesta corta y limitada. Únicamente el afecto y la relación personal pueden proporcionar la ayuda que estas personas necesitan.

A este propósito, dice el Papa Francisco: *“A problemas sociales se responde con redes comunitarias, no con la mera suma de bienes individuales”* (Laudato Si 219). Este principio es indicativo de la respuesta eclesial que debemos dar a las necesidades sociales y, particularmente, a los pobres. La acogida en comunidades cristianas fraternas, en grupos de vida, es una respuesta integral a las necesidades de muchos, especialmente, de los más pobres.

2. Hacer propias, sostener y participar en las múltiples tareas al servicio de los más pobres

La Iglesia en Sevilla es una fuerza social viva de la cual surgen constantemente iniciativas al servicio de los pobres, como fruto del dinamismo del amor suscitado por el Espíritu en las comunidades

cristianas. La caridad cristiana da ojos para percatarse a tiempo de las nuevas situaciones de necesidad y de los nuevos desafíos sociales, y proporciona el empuje necesario para abordar las situaciones de pobreza identificadas.

Debemos agradecer, acompañar y apoyar a tantos fieles que como voluntarios, profesionales cualificados, trabajadores sociales o educadores trabajan al servicio de los más pobres desde Cáritas diocesana o las Cáritas parroquiales, también desde otras áreas pastorales como las pastoral social, penitenciaria, obrera, de la salud, de las migraciones, desde los Centros de Orientación Familiar, verdaderos hospitales de campaña para tantas familias que sufren, o desde tantas ONGs católicas.

Tenemos ocasiones frecuentes para que todas las comunidades cristianas puedan respaldar y ejercer, como algo que pertenece a su esencia más íntima e intransferible, la actividad caritativa de la Iglesia. La colecta mensual de las parroquias para Cáritas, las campañas del DOMUND o de Manos Unidas, son ocasiones en las que el pueblo cristiano muestra su sentir con los hermanos más pobres. También la caridad florece en las comunidades que practican en mayor o menor medida la comunión de bienes, y en la solidaridad intergeneracional de las propias familias bien demostrada en la crisis económica, por desgracia todavía vigente.

Todos debemos comprometernos en la puesta en marcha y ulterior funcionamiento del Centro diocesano de empleo, que hemos inaugurado en el barrio de Palmete y que quedará como gesto que nos recuerde la celebración del Jubileo extraordinario de la Misericordia, Sigue la estela del trabajo que viene realizando desde hace años la *Fundación Marcelo Spínola de lucha contra el paro* y a la *Acción conjunta contra el paro* de Cáritas diocesana, Pastoral Obrera y otras instituciones diocesanas. Ambas son respuestas de nuestra Iglesia a la lacra del paro, especialmente sangrante en Sevilla y en Andalucía. Se proponen como objetivo central promover el trabajo decente para combatir la pobreza y la desigualdad, y así respetar y promover la dignidad de las

personas, que queda mellada cuando una persona no puede trabajar.

3. Presencia en las periferias de la pobreza

Un rasgo de la ciudad de Sevilla es la existencia de unas periferias marcadas por la pobreza y la indigencia. Afectan a un gran número de habitantes en algunos barrios, como ha quedado dicho en la primera parte, y que son el resultado de procesos sociales prolongados y excluyentes. Cáritas diocesana debe conocer esos nichos concretos de pobreza y considerarlos como zonas privilegiadas de sus proyectos y del acompañamiento a las Cáritas de las parroquias situadas en las mencionadas periferias, potenciando la imaginación de la caridad.

En ocasiones, a la pobreza material se une la pobreza espiritual. De ella nos habla el Papa cuando nos dice: *"quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria."* (EG 200)

Debemos buscar caminos para que, en los barrios y lugares donde anida la pobreza, la Iglesia pueda ofrecer el mejor cuidado pastoral de que sea capaz, pues, como nos dijera santa Teresa de Calcuta, *"la primera pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo"* y *"quien no da a Dios, da demasiado poco"*.

4. Presencia en las organizaciones sociales y asistenciales

Debemos promover la presencia de los laicos en los centros de decisión de la ciudad, de los barrios y de los pueblos, sobre todo, en las organizaciones comunitarias, para velar por el bien común y

promover los valores del Evangelio. Es importante que miembros de nuestras comunidades participen en las asociaciones de vecinos, AMPAS –asociaciones de madres y padres de alumnos– en los colegios concertados y públicos, y en tantos otros grupos.

También es necesaria la presencia eclesial en las instituciones asistenciales. El Estado del bienestar corre el peligro de hacer de la asistencia social un negocio. La asistencia hecha negocio es incapaz de aportar aquello que más necesitan las personas, a saber, otras personas que las escuchen, comprendan sus sentimientos y se muestren compasivas con ellas. La presencia de miembros de la comunidad cristiana en residencias de ancianos y en hospitales puede aportar la calidez humana que da el amor.

5. Integrar a los emigrantes

La Iglesia promueve el crecimiento de una cultura de la acogida y la hospitalidad que integre a los inmigrantes en la vida social y eclesial, salvaguardando su libertad e identidad.

La presencia de personas extranjeras en las escuelas, los barrios y otros espacios públicos, reviste hoy entre nosotros un carácter de normalidad. También en las parroquias encontramos personas de diversas nacionalidades en la celebración de los sacramentos, en la catequesis, en los consejos pastorales y en cualquier actividad eclesial. Todo ello es una bendición de Dios, pues estos grupos de inmigrantes, casi siempre muy fervorosos, rejuvenecen nuestras comunidades, nos edifican y nos evangelizan, convirtiéndose de hecho en misioneros porque traen consigo el don de la fe sencilla manifestado en su piedad popular. Pueden ayudarnos, en consecuencia, a recrear la fe que en nuestros ambientes se ha debilitado en un clima cultural secularizado.

Las comunidades cristianas deben perseverar en su tarea de integrar a los emigrantes, con su identidad cultural y su piedad popular propia, en la nueva evangelización de nuestra ciudad y de nuestros pueblos.

6. No a la cultura de la muerte

Del amor como señal de identidad cristiana se siguen, en primer lugar, normas negativas que excluyen conductas que contradicen la caridad y que están condenadas por la Ley de Dios en todos los casos: dar muerte a seres humanos (asesinato, genocidio, aborto, eutanasia), la esclavitud, los abusos sexuales, la xenofobia y la discriminación, la mentira y la calumnia, la propaganda engañosa, el tráfico de drogas y el tráfico de armas.

La misión profética de la Iglesia debe llevarle a levantar la voz para salvaguardar los valores y principios del Evangelio, y también los imperativas de la moral natural, aunque contradiga las opiniones de la cultura dominante, sea atacada y se quede sola en su anuncio.

7. Educar para la sobriedad y el respeto a la naturaleza

En el momento actual, en una perspectiva evangelizadora, a los católicos se nos presenta la necesidad de educar para la sobriedad; convencidos de que nos honra más y nos da más felicidad la austeridad y la ayuda al prójimo que el despilfarro de bienes y diversiones en las que a veces ponemos el corazón, a todo lo cual nos empuja constantemente la sociedad consumista en la que estamos inmersos.

El Papa Francisco, hablando de la necesidad de una educación ecológica, dice al respecto: *"Siempre es posible volver a desarrollar la capacidad de salir de sí hacia el otro. Sin ella no se reconoce a las demás criaturas en su propio valor, no interesa cuidar algo para los demás, no hay capacidad de ponerse límites para evitar el sufrimiento o el deterioro de lo que nos rodea. (...) Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad"*. (Laudato Sí 208)

En una sociedad que se caracteriza por el materialismo y el consumismo, en la que casi todo se puede conseguir con

dinero, el hecho de que los jóvenes entren por la vía del servicio desinteresado, que vivan la pedagogía de la gratuidad y la experiencia de la generosidad y el descubrimiento del prójimo, es un camino adecuado para el encuentro con Cristo a través de los pobres, de los necesitados y de los que sufren. Es muy conveniente que, con la debida prudencia pastoral, los niños y jóvenes, también los seminaristas, participen en las actividades caritativas de las parroquias, las visitas a los enfermos y ancianos, el descubrimiento del dolor y la asistencia a los que sufren de tantos modos. Muchos jóvenes han encontrado por este camino el sentido de sus vidas, se han encontrado consigo mismos, con los hermanos y con Dios. Este es el caso de Moisés, que recibe la llamada de Dios cuando le punzan los dolores, el sufrimiento y los gritos de su pueblo (Ex 3,1-10). Es un hecho que muchos jóvenes que viven con hondura su compromiso cristiano y apostólico, y que incluso han recibido la llamada de Dios al sacerdocio o a la vida consagrada, han vivido experiencias fuertes de servicio a los pobres.

Por otra parte, debemos empeñarnos en dar a conocer a fondo la Doctrina Social de la Iglesia para ponerla en práctica y para que los fieles cristianos tengan criterios de discernimiento para vivir identificados y no disueltos en nuestro contexto socio-cultural. El *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* y el nuevo catecismo para los jóvenes *DoCat*, que presenta los puntos principales de la doctrina social son instrumentos preciosos para esta formación, que ayudarán a que no nos quedemos en el conocimiento teórico de la fe, sino que pasemos a la acción.

8. Testimoniar la visión del mundo presente a la luz de la esperanza eterna

La fe cristiana nos permite ver el mundo y la vida a la luz de la esperanza en la justicia perfecta y la reconciliación definitiva que esperamos de Dios. En nuestro mundo existe un inmanentismo inmisericorde. Este desea la justicia perfecta y la felicidad plena

de inmediato. Así la vida se torna exigente y abrumadora. Solo la esperanza en la justicia y la reconciliación escatológica asociadas a la resurrección de los muertos hace realmente digna de ser vivida la vida en este mundo. Esta esperanza forma parte del patrimonio de la Iglesia, que nosotros podemos ofrecer y testimoniar a todos los hombres. En este sentido, dice el Papa, *"Caminemos cantando. Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quite el gozo de la esperanza"* (Laudato Si 244).

AGENTES

- Cáritas diocesana y parroquiales
- Delegaciones Diocesanas de Apostolado Seglar, Enseñanza, Misiones, Orientación Social, Pastoral Gitana, Pastoral de Migración, Pastoral Obrera, Pastoral Penitenciaria y Pastoral de la Salud.
- Acción Católica General.
- Asociaciones de Acción Social vinculadas a la Vida Consagrada y otras.

AVANZAR EN LA CONVERSIÓN MISIONERA DE LOS EVANGELIZADORES Y EN LA REFORMA DE LAS ESTRUCTURAS ECLESIALES

Razones que la justifican

La misión es la clave de la conversión y la reforma

En *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco propone un mensaje claro para todos: la misión es la fuente y el camino de la reforma de la Iglesia.

Para recuperar el dinamismo misionero al que somos llamados, debemos preguntarnos: ¿No nos hemos acomodado quizá demasiado en nuestras parroquias y comunidades? ¿Existe entre nosotros pasión misionera, esto es, voluntad de crecer en vez de disminuir? ¿Nos interesan realmente los otros, los que están fuera?

Conversión personal y reforma de estructuras van de la mano

La nueva evangelización debe comenzar en el interior de la Iglesia y por cada uno de los cristianos. "*Señor, renueva tu Iglesia, empezando por mí*" (S. Francisco de Asís).

La conversión del corazón y la conversión de las estructuras van de la mano, pero la primera sostiene a la segunda. Es bien conocido el interés del papa Francisco por reformar algunas

estructuras de la Iglesia, pero como él mismo ha afirmado, le interesa más la reforma de nosotros los cristianos, la conversión de nuestros corazones. Antes de poder ser implantada en los pueblos, la Iglesia tiene que arraigar en el corazón de los creyentes. Entre los grandes desafíos de nuestro tiempo se cuenta el de infundir, con la asistencia del Espíritu Santo, nueva vida a un conformista y contentadizo cristianismo heredado. En la actual situación cultural y social solo una Iglesia convertida, con una espiritualidad vigorosa, puede ser una Iglesia misionera.

La conversión debe ser pensada en el plano personal, comunitario y estructural, a fin de favorecer la transmisión de la fe en las nuevas circunstancias.

Nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría

En *Evangelii Gaudium* encontramos las notas de una espiritualidad evangelizadora (78-80, 259-283) frente a las tentaciones que acechan a los agentes pastorales (79-106). El Papa Francisco subraya insistentemente el nexo que existe entre la alegría y la misión: *“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos, para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría”* (EG 1)

Por propia experiencia sabemos que la alegría brota del amor. Quien se sabe amado hasta la muerte puede alegrarse por ello. Por eso, el mensaje de la cruz de Cristo es la Buena Noticia capaz de suscitar la verdadera alegría. Por su misericordia, Dios se nos ha aproximado en su Hijo querido y el amor de Dios ha sido derramado en nosotros con el Espíritu Santo que se nos ha dado. Por eso, haber encontrado a Jesús es lo mejor que nos ha podido ocurrir en la vida, y darlo a conocer a otros con nuestras palabras y obras es nuestro mayor alegría.

Toda renovación pastoral misionera debe hablar con el lenguaje de la alegría. Francisco sigue al beato Pablo VI que ya destacó la

importancia de la alegría en la evangelización: *“Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas...Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas...(que el mundo actual) pueda recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismo, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”* (EN 80).

La alegría cristiana es el impulso más intrínseco de la evangelización. Solo podremos ser cristianos con atracción, con carisma, si recuperamos la alegría de la fe.

Discípulos misioneros (sin la y)

El papa Francisco utiliza como una clave de su magisterio la expresión *“discípulos misioneros”* (sin la y), entendiendo que discipulado y misión son como las dos caras de una misma moneda.

La misión es un dinamismo esencial y permanente de la vida cristiana, no una consecuencia final, que pudiera entenderse como una etapa posterior a la formación, aunque la experiencia misionera se realice de diversas maneras, de acuerdo a la propia vocación y al momento de maduración humana y cristiana de cada uno. Se trata de empezar haciendo; por eso el Papa utiliza con tanta frecuencia los gerundios, para indicar una acción en proceso. La experiencia de estar con Jesús y la de ser enviados a la misión son simultáneas y se retroalimentan, *“porque mediante el nuevo encuentro con Jesucristo y su Evangelio, y solo así, se suscitan las fuerzas que nos capacitan para dar la respuesta adecuada a los desafíos de nuestro tiempo”* (Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, L’Osservatore Romano, 28-12-2007, 6).

Para poner nuestras iglesias en camino de una conversión pastoral misionera en trance de evangelización, es preciso que nuestras comunidades parroquiales y religiosas salgan del conformismo y de la espiritualidad de mínimos. Necesitamos levantar una ola de fervor y de entusiasmo evangélico.

La conversión pastoral se alimenta de la espiritualidad de comunión, que promueve la corresponsabilidad, la participación y la solidaridad

Esta conversión pastoral se alimenta de la espiritualidad de comunión para promover la corresponsabilidad, la participación y la solidaridad en las comunidades cristianas; y con este espíritu estar presentes en la sociedad.

La unidad de los discípulos fue objeto de la oración del Señor en la noche de Jueves Santo. En ella pide la Padre que todos seamos uno para que el mundo crea. (Cf. Jn 17,21). Ello quiere decir que nuestra comunión fraterna también está al servicio de la credibilidad de la misión de Jesucristo y de su Iglesia en el mundo. Sin comunión no es posible una acción evangelizadora concertada y estable, porque ningún proyecto pastoral serio es posible sin unidad y sin continuidad.

Debemos aprender a reconocer y valorar mejor la diversidad y riqueza de la Iglesia. La evangelización solo será posible en la medida en que exista unidad y solidaridad entre los miembros de nuestra Iglesia particular, entre los propios pastores, así como dentro de cada parroquia y de cada comunidad cristiana. Debemos crecer en la solidaridad y la solicitud recíprocas de todos los miembros de la Iglesia en su complementariedad y aunar fuerzas para acometer conjuntamente la acuciante tarea de la nueva evangelización.

El Papa nos apremia constantemente a acoger a las personas en la situación en que se encuentren, haciendo de esta disposición más que nunca una verdadera necesidad misionera de nuestro tiempo. El apóstol Pablo decía de sí: *"Me he hecho todo para*

todos, para ganar, sea como sea, a algunos.” (1Cor 9,22b). No perseguía con ello una “modernización” de la Iglesia orientada por el mero espíritu de la época. Lo que le importaba era que las personas puedan conocer, amar e imitar a Jesucristo y así participar de su vida.

También en nuestra sociedad, que cuenta ya con una presencia significativa de otras religiones, es importante el diálogo interreligioso. Este exige estar firmes en lo que creemos y escuchar con respeto a los demás, tratando de descubrir lo que es bueno, lo que favorece la paz y la cooperación. Tal diálogo puede expresarse en diferentes modos, en un diálogo de vida, de acción, de ideas o de experiencias.

OBJETIVO ESPECÍFICO

Trabajar para que los agentes pastorales se sitúen en una actitud constante de salida misionera y las estructuras eclesiales se vuelvan más misioneras, facilitando una pastoral ordinaria más expansiva y abierta

ACCIONES

1. Ayudar a todo el Pueblo de Dios a caminar hacia la santidad misionera

Todo el Pueblo de Dios es el sujeto comunitario de la evangelización en la historia que juntos vamos haciendo. *La Iglesia es toda ella misionera.* Todo fiel cristiano y toda comunidad cristiana están convocados a caminar hacia la santidad misionera.

Debemos ayudar a los fieles a descubrir que el camino de santidad personal, comunitaria y misionera pasa por la vida cotidiana. Cada madre o padre de familia, los catequistas en sus grupos, los maestros y profesores cristianos con sus alumnos, los

voluntarios de Cáritas, el trabajador que se empeña por realizar bien su labor, el testimonio de la vida consagrada, los presbíteros y diáconos viviendo fiel y santamente su ministerio, todos y de múltiples maneras contribuyen a la tarea evangelizadora que el Señor nos ha confiado.

Tres actitudes son necesarias para cultivar un celo evangelizador vivo y entusiasta en todos los agentes pastorales: renovar el ardor misionero; fortalecer la unidad eclesial; anunciar la verdad con pleno respeto a la libertad de todos.

2. La conversión de los pastores

No puede haber una conversión pastoral misionera sin la conversión de los pastores.

Espiritualidad de comunión y participación

Efectivamente, la renovación de nuestra Iglesia será imposible, sin la renovación espiritual, eclesial, doctrinal y apostólica de los sacerdotes. En el momento presente, más que en épocas pasadas, nuestra Iglesia necesita sacerdotes santos, sacerdotes de gran hondura espiritual y una fuerte experiencia de Dios, maestros de almas, bien preparados intelectualmente, decididamente entregados al servicio de Cristo y de su Iglesia, unidos a su obispo, entusiastas y enamorados de su ministerio, dispuestos a entregar la vida día a día, como el Buen Pastor, sin mermas ni recortes, sin reloj, de sol a sol, al servicio de los fieles, conscientes de la grandeza de su misión y de la gravedad de su responsabilidad, dispuestos también a anunciar el Evangelio en toda su integridad, sin rasgar páginas ni mutilarlas.

Sin sacerdotes íntegros y virtuosos no cabe hacerse ilusiones. Sólo así tendremos unas parroquias y unos laicos renovados, espiritualmente vigorosos y conscientes del tesoro que poseen y de la misión que les incumbe; unas comunidades verdaderamente entusiastas y enamoradas de Jesucristo, que se sientan felices de haber conocido a Cristo, arraigadas y centradas en Él.

La conversión de los pastores nos ha de llevar también a vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación. La naturaleza esencialmente eclesial de nuestro sacerdocio nos exige vivir la comunión en el seno de nuestro presbiterio, huyendo del clericalismo, de la pretensión de *"dominar el espacio de la Iglesia"* (EG 95) y del ejercicio de la autoridad apostólica no como un servicio al Pueblo de Dios, sino como un poder autoritario que se sirve del pueblo.

El párroco en medio de su feligresía

El pastor debe amar y conocer a la gente de su pueblo y de su barrio tal cual es, viviendo el amor misericordioso de Jesús por la multitud y por cada persona. Debe conocer a las personas y familias del barrio o del pueblo, y ser él una persona conocida, que no se esconde, que sale y visita las casas de sus feligreses y las instituciones religiosas, escolares, sociales y asistenciales. Su sola presencia, palabra y acción pueden acercar a muchas personas a Dios. Su ejemplo puede marcar un estilo de discípulo misionero para todos.

En el ejercicio del ministerio sacerdotal el Papa señalaba *"tres categorías a tener en cuenta para la vida y el trabajo del sacerdote en la ciudad: encuentro, acompañamiento y fermento. (...) Las tres categorías suponen cercanía, proximidad, salir de sí ... dicho en lenguaje simplificado: salir a la calle, salir al encuentro; lo cual no quita la necesidad de repliegue existencial y espiritual hacia el otro encuentro, el que está en la base, el encuentro con Jesucristo para discipularse, dejarse acompañar y recibir del Espíritu la gracia de dejarse integrar en la Iglesia"* (J.M. Bergoglio, *El sacerdote en la ciudad, a la luz del Documento de Aparecida, Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Buenos Aires* 518 (2010) 183-194).

Un estilo de vida austero

La austeridad y la diligencia en el trabajo son virtudes esenciales para nuestra vida y nuestro ministerio. En nuestra sociedad hoy

nos pueden tentar los modos de vida demasiado cómodos y burgueses, demasiado pendientes del propio bienestar. Esto exige, de modo especial a los sacerdotes, un estilo de vida sencillo.

Fomentar la ayuda mutua

Es importante recordar la recomendación que hacía el Concilio Vaticano II sobre la necesidad de fomentar algún modo de vida común o de fraternidad efectiva entre los presbíteros (Cf. *Presbyterorum Ordinis* 8). Debemos aprovechar los medios existentes y esforzarnos por encontrar otros modos de ayuda mutua entre los sacerdotes para la vida espiritual, la formación permanente y la colaboración en el ministerio.

3. Trabajar por una mayor integración de los miembros de la Vida Consagrada en la pastoral orgánica diocesana

Monjes y religiosos han sido protagonistas de la evangelización del mundo en Europa, América, África y en Asia. También hoy el éxito o el fracaso de la conversión pastoral misionera dependerán en gran parte de la acogida que encuentre esta llamada en los institutos y congregaciones religiosos.

Fomentar la mayor integración de los religiosos y religiosas

En la Archidiócesis los miembros de la Vida Consagrada constituyen un enorme potencial misionero, trabajando entre nosotros, plenamente disponibles y capacitados para una acción evangelizadora en los ámbitos más diversos. Como señalaba la CI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en el documento titulado *Cauces operativos para facilitar las relaciones mutuas entre los obispos y la vida consagrada de la Iglesia en España*, los consagrados de una Iglesia particular son, en el pleno sentido de la palabra, miembros de la familia diocesana y los consagrados-sacerdotes pertenecen verdaderamente al clero diocesano (cf. nº 7).

La ordenación jurídica canónica consagra la exención de los religiosos con respecto a la autoridad episcopal en su organización

interna, como modo de proteger su forma de vida y su carisma. Esta situación no debe llevar a las comunidades religiosas a vivir al margen de la vida ni de las instituciones diocesanas. Esto sería considerar que los religiosos están en la Diócesis, pero que no son de la Diócesis. Todos debemos esforzarnos por facilitar la mayor integración posible de los consagrados en el conjunto de la vida y de la misión evangelizadora de la Archidiócesis.

Los monasterios en la evangelización misionera

También los monasterios y las comunidades de vida contemplativa son agentes indispensables de la misión. Ellos aportan la fuerza de su plegaria y de su testimonio que son primordiales en la evangelización.

Los monasterios y las comunidades religiosas pueden ofrecer una ayuda muy valiosa para la renovación espiritual de las comunidades cristianas. Los monasterios son escuelas de oración, lugares de retiro y de aprendizaje en la vida espiritual y apostólica de quienes se acercan a ellos y participan durante un tiempo de su vida y sus celebraciones litúrgicas. Son también apoyo espiritual en el trabajo pastoral de sacerdotes, religiosos y laicos.

Debemos facilitar que las comunidades cristianas puedan acercarse a los monasterios y compartir estos oasis en los desiertos secularizados de nuestra sociedad.

4. Aprovechar mejor los nuevos Movimientos y realidades eclesiales como cauces de renovación espiritual y pastoral

Para el futuro de la evangelización es también muy importante que logremos la relación adecuada entre los movimientos y las nuevas realidades eclesiales con las estructuras fundamentales de la Archidiócesis y de las parroquias.

Los movimientos son verdaderos cauces de la renovación

espiritual y pastoral de la Iglesia en este tiempo de conversión misionera. Para muchos fieles cristianos la pertenencia a un movimiento les proporciona una ayuda muy importante para tener una verdadera experiencia de comunidad cristiana, para su formación y crecimiento espiritual, y para descubrir su misión dentro y fuera de la Iglesia.

Los movimientos, sobre todo en algunos casos, deben salir de sus microclimas favorables para integrarse más en la Iglesia local, encuadrándose en las instituciones diocesanas, trabajando en las parroquias, colaborando lealmente con los demás miembros de la comunidad cristiana y, dejándose guiar por los pastores en las tareas comunes y en su inserción diocesana.

Por otra parte, los pastores de la Iglesia, especialmente los párrocos, tienen obligación de aceptar estas nuevas realidades como una verdadera riqueza de la Iglesia local, valorando sin reticencias lo que los movimientos aportan y contando con ellos en todo, sin discriminaciones ni exclusiones y ofreciéndoles de buena gana su servicio y su ministerio pastoral. Un párroco no puede decidir unilateralmente ni marginar, ni dejar de servir a un carisma existente en su parroquia porque no entona con su sensibilidad o sus opciones.

5. Acometer una revisión y posible reestructuración de las Vicarías y Delegaciones Diocesanas

Es necesario redescubrir el sentido, el valor, la necesidad y el límite de las estructuras eclesiales. Su finalidad es garantizar la comunión, la participación y la misión de todos los fieles en una forma orgánica. Las Vicarías y las Delegaciones diocesanas deben ser funcionales y operativas, buscando la renovación espiritual y la fecundidad evangelizadora.

Con estos criterios debemos abrir un periodo de reflexión para hacer la revisión y posible remodelación de estas estructuras pastorales.

6. Convertir cada vez más los arciprestazgos en ámbitos de discernimiento comunitario y coordinación pastoral

Debemos convertir los arciprestazgos en ámbitos serios de discernimiento comunitario y coordinación pastoral ante los desafíos pastorales más próximos, para que las reuniones arciprestales no se reduzcan a momentos de encuentro informal o sesiones de información eclesiástica. En la mayoría de ellos hemos avanzado mucho en la comunión afectiva, pero falta potenciar la cooperación pastoral efectiva.

La implantación completa del *Directorio Diocesano de la Iniciación Cristiana* y el seguimiento de estas Orientaciones Pastorales Diocesanas nos ofrecerán muchas oportunidades para avanzar en la dirección de una pastoral de conjunto en los arciprestazgos.

7. Reprogramar la parroquia

El gran reto de la parroquia es pasar de una configuración a modo de centro de servicios religiosos, integrada por grupos de trabajo, a constituirse como comunidad de comunidades, creando una red de comunidades y grupos cristianos de vida, tal y como quedó dicho en la primera de las líneas de acción pastoral de estas Orientaciones. Sobre todo en la ciudad y en los grandes núcleos de población de la Archidiócesis la parroquia debe ser más abierta, flexible y misionera, permitiendo y colaborando en una acción pastoral transparroquial y supraparroquial.

Debemos esforzarnos para que los templos estén abiertos el mayor tiempo posible durante el día, y puedan ser visitados por los fieles como lugares de silencio, oración y adoración.

Tenemos la intención de actualizar el estatuto del Consejo de Pastoral Parroquial y del Consejo Parroquial de Asuntos Económicos, para que sean más y mejor espacios de corresponsabilidad en cada comunidad parroquial.

8. Programar el trabajo pastoral conjunto que sea posible entre las parroquias y los colegios católicos, y con los profesores de religión en los colegios públicos

Las parroquias y los arciprestazgos deben esforzarse por incorporar a los colegios católicos, que estén en su territorio, como instituciones pastorales con las que hay que contar y programar el trabajo pastoral conjunto.

El trabajo pastoral del colegio debe estar coordinado con la acción educativa y catequética de la parroquia, singularmente en todo lo que se refiere a la Iniciación Cristiana.

Los colegios pueden brindar muchos canales de colaboración con el apostolado de la parroquia, ofreciendo posibilidades de conexión con familias que no se acercan a las parroquias. Pueden ser también lugares de encuentro para los jóvenes en actividades organizadas conjuntamente por la parroquia y el colegio, ofertando catequesis especiales para los alumnos o para sus padres, organizando cursos de formación afectivo-sexual para adolescentes y jóvenes, abriendo escuelas de padres en las que tenga en cuenta los problemas que hoy encuentran los padres en la educación de sus hijos y en cuya programación no se olvide la transmisión de la fe, poniendo en contacto, por fin, a las asociaciones culturales del colegio con la parroquia, todo para buscar juntos caminos de evangelización. El documento de la Conferencia Episcopal Española *Familia, Escuela y Parroquia*, debe ser fuente de inspiración para trabajar en esta línea de colaboración pastoral.

Los párrocos, donde sea oportuno a nivel de arciprestazgo, deben organizar encuentros con los maestros y profesores de religión de los centros públicos de la zona. En ellos podrán conocer sus problemas e inquietudes y la realidad de los niños, jóvenes y familias de sus feligresías. Ofrecerán también la ocasión para elaborar un plan de acción conjunta que facilite la cooperación colegio-parroquia, incluyendo en la programación del área

de la asignatura visitas posibles del párroco y de la parroquia a la escuela para contactar con el alumnado o realizar algunas actividades conjuntas dentro o fuera del aula.

Es necesario lograr una buena relación entre los catequistas y los maestros de religión, sobre todo, durante el proceso de la Iniciación Cristiana.

9. Repensar la asistencia pastoral en los tanatorios y las oportunidades de los columbarios

Debemos cuidar la acogida cordial y el acompañamiento a las familias que sufren el dolor de la muerte de un ser querido. Testimoniar con la palabra y la presencia, una forma cristiana de encarar la muerte desde la esperanza de la vida eterna en una sociedad secularizada es una actividad misionera de primer orden. Por este motivo, hemos recomendado vincular la muerte de los fieles cristianos con la parroquia. Sin embargo, evidenciadas las graves resistencias que se oponen a este ideal, es necesario repensar la asistencia pastoral a los tanatorios, particularmente en la ciudad y en los pueblos grandes donde se hayan desvinculado las exequias del templo parroquial.

También es importante fomentar que las cenizas de los fieles difuntos que son incinerados sean depositadas en los columbarios. Bastantes de ellos se encuentran en lugares sagrados. Esta ocasión puede aprovecharse para hacer una celebración comunitaria de las exequias junto con las familias.

10. Cuidar la misión pastoral del centro de la ciudad y de los grandes municipios

Los templos no parroquiales del centro de la ciudad y de algunos centros urbanos en grandes poblaciones, también los santuarios, prestan un servicio espiritual abierto a todos los fieles de nuestra Iglesia particular. Algunos de estos centros pastorales están en iglesias conventuales servidas por religiosos. En la

ciudad muchos fieles se reconcilian con el Señor y con la Iglesia en estos lugares.

Estos centros se deberán desarrollar iniciativas pastorales enfocadas a crear espacios de encuentro con Dios, a través de la predicación de la Palabra, la celebración de la Eucaristía y la Reconciliación, retiros espirituales y distintas formas de oración personal, comunitaria, litúrgica y popular. Pueden brindar una acogida cordial y una atención personal a modo de "consultorio" espiritual, para quienes buscan el descanso en Dios en medio del ritmo acelerado de la vida cotidiana.

AGENTES

- Consejo Episcopal
- Consejo de Pastoral Diocesano
- Consejo del Presbiterio
- Consejo de arciprestes
- Vicaría para la Vida Consagrada
- Delegaciones Diocesanas de Apostolado Seglar, Clero y Diaconado Permanente, Enseñanza y Medios de Comunicación
- CONFER diocesana

ORACIÓN FINAL

Terminamos haciendo nuestra la oración que el obispo San Manuel González, modelo de pastor bueno e intercesor para nuestra iglesia particular, dirigió a la Virgen María, aliada irrenunciable en nuestros esfuerzos por difundir a nuestro alrededor la alegre noticia del Evangelio de Jesucristo.

Madre, que no nos cansemos

¡Madre Inmaculada! ¡Qué no nos cansemos!

¡Madre nuestra! ¡Una petición! ¡Que no nos cansemos!

Si, aunque el desaliento por el poco fruto o por la ingratitud nos asalte, aunque la flaqueza nos ablande, aunque el furor del enemigo nos persiga y nos calumnie, aunque nos falten el dinero y los auxilios humanos, aunque vinieran al suelo nuestras obras y tuviéramos que empezar de nuevo...

¡Madre querida!... ¡Que no nos cansemos!

Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre, con los ojos de la cara fijos en el prójimo y en sus necesidades, para socorrerlos, y con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús que está en el Sagrario, ocupemos nuestro puesto, el que a cada uno nos ha señalado Dios.

¡Nada de volver la cara atrás!, ¡Nada de cruzarse de brazos!,
¡Nada de estériles lamentos! Mientras nos quede una gota de sangre que derramar, unas monedas que repartir, un poco de energía que gastar, una palabra que decir, un aliento de nuestro corazón, un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies, que puedan servir para dar gloria a Él y a Ti y para hacer un poco de bien a nuestros hermanos... ¡Madre mía, por última vez!

¡Morir antes que cansarnos!

